



ARIANA HARWICZ

La débil mental

ficción

MARDULCE

Ariana Harwicz

La débil mental

23.03.2020

© 2014 Ariana Harwicz

© 2015 Mardulce

www.mardulceeditora.com.ar

Diseño de colección y cubierta: trineo.com.ar

ISBN: 978-84-542869-6-4

Depósito legal M-17283-2015

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio o procedimiento, sin previo aviso a
los titulares del copyright

Impreso en España.

Printed in Spain

NO VENGO DE NINGÚN LADO. El mundo es una cueva, un corazón de piedra que aplasta, un vértigo plano. El mundo es una luna cortada a latigazos negros, a flechazos y escopetazos. Cuánto hay que cavar para dar con el desprecio, para hacer que mis días ardan. Yo podría haber nacido con ojos blancos como este bosque de pinos lisos y, sin embargo, me despiertan las cenizas de un volcán sobre los tréboles del jardín. Y sin embargo, mamá se arranca mechones y los tira al fuego. El día comienza, soy un bebé y mamá está sentada de espaldas en su sillón y llora. Me despierto niña, afuera las lavandas, adentro mamá y sus cabellos negros entre las brasas. Hay extractos de nubes en todas partes, bajas y blancas, altas y pasajeras, oscuras e intermedias. Me invento una vida en las nubes sentada en mi clítoris. Vibro, me agito, me trato con morfina en los dedos y durante ese lapso, todo está bien. Mi mano adentro es mil veces su cara dentro de mí, cuánto se puede poseer una cara, cuánto se puede meter una cara en el sexo. Durante ese tiempo la hierba es hierba y puedo correr entre pastizales. De las mil maneras de existir que hay, me tocó esta, no reconozco a nadie y cuando me ataca la gran desesperación, vivo en cualquier parte. Mamá dejó de llorar, ya camino sola, ya hablo, ya compartimos la ropa. Quiero que él regrese contra todo pronóstico, contra todo duelo, quiero que sus ojos me destierren y ver la punta de los árboles. Mi cabeza toma un giro. Mi cabeza en picada se incrusta. De pronto, tengo el tono de una muerta. La cara hinchada de una adicta en la bañera. El cuerpo épico de la que va a saltar al vacío rocoso. De pronto, noto que es mediodía y los ojos azules de las liebres brillan fríos y salgo a comer, pero es pasado. Me pongo a orar o es que estoy enamorada. Le pido que me escupa, que me rompa la cara de una bofetada. Me lo quedo mirando. No estoy tocada, solo poseída, siempre es la misma respuesta. Me aburro, mamá. Mi cerebro son polillas en un jarro y se ahorcan.

MAMÁ Y EL TIPO SE AGARRAN DEL CUELLO y se frotan contra el piso de cemento resbaloso. El tipo acaba en mamá mirando las alturas y todo empieza. Pongamos un microscopio en mi cuerpo amorfo esta tarde de moscas lentas. Podrían colgarlo como cuadros abstractos en el salón. A esta hora aparecen árboles calientes, hojas resbaladizas, me escondo de ella. La oigo gritar. Estoy pateando en el monte, hacia dónde. Por el momento hay solamente el ruido del viento sobre la cima y algunos cantos. Por el momento el misticismo dura y son hormigas en mi brazo. Si te gusta vivir en un sueño, quedate ahí, protesta, y se encierra y todo es humo sin ella. Tengo siempre este recuerdo de fiebre de la infancia en un auto calcinado. La mirada de mamá de frente, mamá en la nuca como un insecto de caparazón duro. La mirada de mamá fumando en

el sillón de cuerina roto del tren. Yo despierta en el auto cerrado, sin poder hablar, los vecinos llamando a la policía. Me muevo mansa, dónde está ahora. Me agacho a besar la tierra. Cómo es posible este deseo repetitivo, molesto, el primo idiota de la familia que viene a interrumpir los desayunos al sol con medialunas con membrillo y termina tirándose por el balcón. El primo profundamente retardado que se toca la nariz, diciendo, nariz. Este deseo epiléptico, este deseo deforme, un discapacitado deseante y baboso al que hay que levantar entre dos y cargar como una carreta para poder coger sobre el colchón blando. Y sin embargo, no tiene otra cosa que hacer que cogerme, que desearme desde su silla. Y sin embargo, la aureola densa y transparente en el colchón, prueba que vivo. Preparo el dedo, pero pienso tanto que después me desvanezco. La idea del deseo sobre el deseo me deja chiflada, parásita con ojeras hasta el cuello. Mamá, dónde te metiste, estoy fastidiada, trabajé nueve horas parada, los empleados necesitan reposo. Mamá, tibio tibio, caliente se quemó. Si me viera le daría miedo, descargo un odio impresionante. Si querés quedarte en sueños, allá vos, me insulta desde su ratonera.

¿POR QUÉ SOMOS TAN BOBAS delante de las góndolas sin saber qué comer? ¿Por qué compramos albahaca y perejil industrial si tenemos en la huerta?, y nos reímos. Morir es una buena opción cuando se le caen todos los frasquitos de condimentos que levantamos uno a uno como partículas de esqueletos y nos queda ajo entre los dedos. Acostarme sobre la arena, sobre la hierba corta, sobre la tierra seca. Dejar de luchar con los brazos de mamá. Trato de concentrarme en el gusto de los zapalli-tos. Están frescos, digo. Apenas los rebocé, dice, sin casi nada de aceite de oliva. Mirá el pasto, mirá cómo crece por partes, qué raro, hay pedazos secos, como si el sol solo hubiera dado ahí, hay partes hundidas, como pantanos. Misterio, hija, para qué preguntar más. Buen provecho. Parece que las gallinas tienen hambre, no paran de chillar. Comemos, ida y vuelta de la mano a la boca. Dónde está mi teléfono mamá. No está. Dijimos que íbamos a hacerlo, lo estamos haciendo muy bien las dos, echáله algo de sal. Yo tampoco pregunto por los vasos de culo gordo. Mamá. Él pudo haber llamado. Concentrate. Mirá un punto en el espacio y sigamos cenando. Hicimos bien en comprar esta mesa rectangular, ¿no? Con las sillas no fue cara, nos faltaría una sombrilla y tal vez una reposera reclinable. ¿Amarillas o a rayas? Así damos algo de color. Dicen que el color da vida. Qué payasada. ¿O a lunares? Miro un punto en el espacio, ¿y? Nada existe. La sensación de que se aleja es una puñalada seca en el estómago. Te llenas de imágenes que son una porquería para tu salud, ¿por qué mejor no te concentrás en la niña alegre y tontilla que eras antes de conocerlo armando hospitales para hormigas agonizantes? No arruines esta cena, qué desagradecida te vuelve, qué tipa áspera. No era alegre. Cocino en vez de recalentar y ni un gracias.

LEVANTAMOS LOS PLATOS entre grillos. Qué suerte tengo de que no haya un hijo, un plato menos, nada de restos pegados, ninguna voz cortando la mía. Nada que me suceda cuando me

arranque la cabeza de un tirón. Crece algo blanco, una niebla que nos come, allá atrás, que nos envuelve, que nos arrasa en la estepa. Mi mamá se acuerda riéndose de cuando se le resbaló mi cuerpito todavía con el cordón violeta en sus manos, todo remite a eso, a cuchillitos bajo el agua, a anguilas. Las dos lavando los platos con detergente barato y guantes, las dos guardando los cubiertos en sus cajones con compartimentos, tenedor con tenedor nos decimos cantando, cuchara con cuchara y hacemos el pasito de baile como una tarantela. Las dos yendo a tomar una botella de pastis afuera, nada pasa. Algo minúsculo basta para ser infeliz, nos pica un abejón en el codo, se rompe un vaso con el viento, o las ventanas y puertas permanecen quietas. Una hamacándose, la otra espera su turno en el banco. Las dos calientes, desde el cuero cabelludo, las dos puercas abandonadas. Dos lindas zorritas de hocico naranja. Dos alérgicas. En realidad, soñando que entran dos individuos de sombrero de ala ancha por la tranquera, piden permiso y pasan a violarnos contra las sillas, contra el subibaja de madera, en la pérgola, a una por atrás, a la hija por delante. Contra el lavabo le meten algo a mamá, un palo de béisbol del rubio, y no le gusta tanto pero se esfuerza para que vea que goza. Nada importa mientras nos miramos poseer los ojos enfrentados y negros. Nos agarran de las axilas, nos dan vuelta y nuestros pelos largos caen en cortinados tenebrosos contra el forraje. ¿Queda whisky en la despensa, hija? Qué bueno que haya pasado tu infancia, qué alegría que todo quede tan lejos que casi no haya sido, que ya no esté en esta vida ese olor a eucaliptus mojado de cuando te agarraste el dedo con la puerta automática. Ese olor a lona caliente, a goma, a local de alquiler de bicicletas. Ese olor a garrapiñada, a manzana, a azúcar rosa. Desde que naciste esperé este momento. ¿Fuimos o no a los médanos cuando cumpliste seis? ¿Hacíamos equilibrio en la escollera? ¿Nos tirábamos como milanesas hasta el borde aguas vivas? ¿Es cierto aquel día que escuchaste ese disparo desde la habitación del hotel y creíste que había sido yo? ¿Dormimos todo un verano clandestinas en las carpas de los turistas, tus montoncitos de caca apilados como murallas? Esos días dorados conteniendo el aliento agrio y llevándote a patinar, días enteros ayudándote a hacer la vertical en la orilla, haciéndote saltar en la cama elástica, lavándote la bombachita con los nudillos. Escondiéndome al atardecer playero en la arena fría a vomitar tu niñez.

WHISKY CON MAMA desde el azul eléctrico hasta la madrugada y ahora, lejos de la casa, tengo las manos cubiertas de excremento. No conocía mi olor, la capa de olor que se forma en el cuerpo con el correr de las horas sin agua. Mi lengua se distrae comiendo pasto. Chupar las tetas duras de un animal, chupar su pelaje, los dientes vestidos, o imaginar la muerte de los padres, es igual. A partir del momento en que él entró en mi cabeza, el infierno salado. Fanático martilleo sobre mis venas. El problema del cerebro es que no consigo retenerlo, siempre avanzando entre asperezas, siempre adelante como topadora. Dónde me metí, no reconozco estas mansiones y nunca pasé esta curva pronunciada. Deseo degenerado. Deseo nocivo. Deseo lunático. Ya no encuentro cómo volver y mamá debe estar inconsciente pendiente abajo. Espero que sin los pies tallados. Y a estas altas horas las nubes son troncos y la resaca no afloja y me tiro en cualquier posición a masturbarme, mi pelo electrizado, la piel caliente, los párpados rígidos. Mi mano dándome para después quedar quieta como un bicho, y que nada alcance. Él y yo en un

descapotable. Él y yo en una carretera sucia. Las tetas no deberían estar en el cuerpo después de cierta edad. Voy a extirparlas, pensando en mi pecho, cuando sean carne gruesa. Tampoco debería abrirse el sexo. Busco una palabra que reemplace la palabra. Busco una palabra que indique mi devoción. Esa palabra que sea el punto, la distancia, el centro exacto de mi delirio. Deberíamos ser como pequeñas serpientes hasta el final y ser enterradas así, en huecos alargados como cunetas. Ahí me levanto nerviosa, la cabeza en sangre espesa. Camino por la casa y le abro las ventanas. El viento barre los cuerpos de los insectos atrapados en el mosquitero. Allá atrás guarda recipientes de agua oxidada y fósiles de todas las especies. Se lo ve como si no hubiera dormido nunca, siempre necesitando un baño, un nuevo corte de pelo, un pantalón sin orina. Y qué es al fin de cuentas ese escaso placer que tomamos en la juventud de los dedos. Qué es ese escaso líquido dorado cayendo, diluyéndose, si después, más tarde, cuando por fin la encuentro con el vaso de culo gordo batiendo el hielito y pidiéndole al mozo una ronda más, estamos con mamá sentadas en la mesa del jardín con una fuente de caldo y dos cucharas. Qué es ese deseo restante, hundido, mientras bebemos la sopa y el vapor nos da en la cara, y ya no queda nada, pero nada.

NUNCA MAS WHISKY, digo. Nunca más whisky, dice. Nunca más, eh, y hacemos el crucifijo con los dedos y bridamos con agua y tiramos las botellas vacías al incinerador. Qué dije. Quiero decir que reina un halo de muerte. Tampoco. Que la muerte está demasiado presente entre la boca de mamá y la mía y en el fondo del vidrio ahogado. Y que las horas no remedian eso. Iniciar un nuevo día. Como desenchufar y volver a enchufar el frigorífico después de un corte de luz tras la tormenta y apurarse a meter la comida antes de que se pudra. Pero los quesos agusanados y la carne con sus vísceras nos dan arcadas. O arreglar, pasar la semana arreglando, con aguja e hilo, los mosquiteros agujereados en los marcos de las ventanas y pintar los canchales de verde. O poner trampas de alambres enrollados para que no vengan a cagar las lechuzas y dar tiros a los nidos. La yema amarillo patito gelatinosa entre los meñiques. O comprar una tortuguita acuática y olvidar de alimentarla y limpiar el agua. Despertáte mamá antes de que se pase el día, no cabecees sobre la tijera. Se cortó las puntas y el flequillo, como en cada embriaguez. Vamos a dar una vuelta por el camino embarrado. Su cuerpo busca líquido en sus órganos, en las membranas que rodean su cerebro. Mientras la veo frotarse con jabón de lilas por el espejo ovalado, sé que hay otra forma de anochecer que este jarrón de café con calmantes.

SOBRE LA RUTA NOS DESAGUAMOS, una primera vez sobre el asiento de pana y una segunda sobre el volante. Mamá sobre su blusa azul de botoncitos blancos. Yo sobre mis largas piernas. Cubierta de mis propios desechos tuve la agradable sensación de que ese traje me iba de maravilla. Nos desnudamos en la banquina enredándonos el short en los tacos. Ahí quedan en la parte trasera nuestros corpiños, en el asfalto nuestros estómagos. Seguimos viaje con la

ventanilla abierta y rodetes. Apestanos sobre las líneas blancas, sin pañuelos ni lápiz labial, pero reímos por primera vez en tanto tiempo. Nunca lo hacíamos, no es nuestro estilo, ir a 200 kilómetros y reír. Querer vivir y reír de nuevo. Entramos corriendo, dos adolescentes con la piel pegajosa y nos bañamos.

EL TELÉFONO, MAMA. Ya está bien. Ya caímos, ya estamos de nuevo ordenando la alacena y barriendo, los huevos calientes riendo en la sartén. Dónde está. ¿Cómo querés la cocción? No hagas que te mire de nuevo. No voy a dártelo, no voy a ceder. Miro los cacharros colgados que pusimos con tanto esfuerzo. Miro los azulejos pegados uno contra otro. Miro los muros y los cimientos, los pedazos de pan. Dámelo, ya. Por qué querés irte de nuevo, estamos saliendo las dos adelante, sin ayuda del doctor Míster cuchillo, solas en medio del vejestorio, lo estamos logrando y el día se pone lindo así. ¿Picnic? Te dejo la hamaca. Dámelo antes de que los huevos estén pasados y vos llorando como siempre frente al plato frío. ¡Debería freírte ese teléfono de mierda! Dámelo ya mismo. Debería metértelo en el horno. Como quieras, entonces, pero bajo amenaza, y sale de la cocina las manos empapadas y entra en la oscuridad del pasillo y vuelve a salir a la luz del salón, que sin embargo ahora es oscuro y me lo tira.

SALGO BRINCANDO. Tengo un mensaje de él y es una ráfaga de chispas como una eyaculación que me devuelve a la vida. Escala en mí como una enfermedad. Lo llamo, lo escucho, viene. Lo espero en el cruce de la autopista, debajo del puente con afiches de extrema derecha y grafitis de los drogadictos. Qué se puede entender por fuera de esta asfixia. Mi cabeza es una gran lámpara, intermitente, por momentos los motores pasando a toda velocidad. Un camión y sobre él, una decena de carcasas de autos viejos. El camino hacia el desarmadero. Hace tantos días que no lo veo. Y, mientras habito la antesala, soy un escarabajo dado vuelta y tengo pulsiones fugaces de irme a lo blanco. Pulsiones rápidas de irme a lo puro. Ver únicamente las ramas del árbol por una grieta. El aire transpira. Los caballos, la hierba, la bosta, el aire, están cubiertos de una sola pieza. Todo está cubierto de compulsión. Aparece. Subo al auto. Entramos en un hotel de ruta. Nada hubo en el medio, ni paisaje, ni movimientos, ni tiempo espacio sucediéndose hasta la habitación. Solo un corte, un salto. Me mantengo de pie y mis venas se dilatan. Me desabrocha el pantalón, lo escucho caer. Me gira. Me baja la bombacha, su mano entra en mí como un objeto. La fuerza destructora del sexo borra de un palazo la cabellera rubia de mamá de espaldas, de frente, corriendo hacia mí en la orilla, frotando la sal del forro de la mallita, en medio de un temporal de arena. Las veces que me subía al tren de la felicidad con musiquita y se iba a tomar su aperitivo y yo la saludaba desde arriba, la cabeza en colores. Las veces que la buscaba entre otras señoras, que le daba la mano a una desconocida. Tengo esta monomanía, cuánto más puede subir. Pero escala. Y mientras la habitación existe tiene la claridad de un hacha.

DESPUÉS, SI NO DESVARÍO, dijo que no podrá seguir viniendo tan seguido, algo quería decir y no podía. Aunque lo dijo claramente al pasar bajo el puente y el eco lo devolvió. Que su situación, que el contexto, que ser responsable, que nos veremos, que no hay manera de no verse, que no estoy en su cerebro para entender, que entre un segundo a su cerebro, pero que no podrá manejar hasta acá tan seguido, que pone en peligro todo, que me escribirá para la próxima cita. Lo escuché con la reverencia y el sobrecogimiento de una débil mental que se nubla y se pierde en mil detalles a su alrededor, una plaga de microbios sobre la explanada. Confundo el meneo de los animales con el de las plantas, las lagartijas insoladas metiéndose en los canales de desagüe. Y todo al terminar fue difuso, impreciso, brumoso. ¿Qué me había explicado? Seguíamos ligados. Mi boca hecha un estirado hocico. ¿De dónde venían esos vocablos? ¿Por qué había preferido esos y no otros? ¿Qué idioma elegir para bautizar las cosas? ¿Cómo alguien es capaz de hablar? Qué había dicho. Lo había olvidado. Era el líquido espeso de su saliva juntándose, desarmándose, en su paladar. Esa transición de boca en divinidad. Como una condición genética sin cura, terminó su discurso y nos besamos. Y besarnos fue avanzar hacia en alto.

ENCUENTRO UNA NOTA CLAVADA EN LA PUERTA, “No te acuestes tarde y mañana vamos a navegar”. La casa está llena de ronquidos y solo somos dos. Soy un espectro, camino con la panza apretujada, con el demonio en la panza, cae a mis pies, me muevo entre habitaciones. No hay nada, tampoco diría dolor, no es ni eso, son más bien azulejos fríos, si no sirve meter la cabeza en el tigre, para qué días. Busco por la casa algo y no sé qué. Deambulo, veo a mamá sin contornos lavarse, rayarse. Tarde para haber vivido, temprano para eliminarse. Me meto en su cama, no la despierto, me subo a ella y la abrazo, estoy perdiendo consistencia y solo soy una especie de idea. Soy la idea de amor de un hombre que vive con otra, que ama a otra, a cientos de kilómetros.

VOY A DORMIRME COMO EL EJERCICIO de mirar fijo un barranco antes de saltar. Me están amamantando. Me divorcio cerebralmente de todo y ya no estoy en esta casona entre las patas de mamá ni con la boca sorbiendo su pezón. Ya no tengo como vecinos a esos ancianos, sino que estoy eyaculando sola en una pradera entre la hierba alta y fresca. Y se oyen rugidos que no se acercan. Y mi mano es un instrumento melódico y vibra. Estoy totalmente desacostumbrada a lo social, demasiado tiempo pasando la mañana como una cabra vieja, los dientes pestilentes, el cuerpo rancio, la piel oliendo a cebolla frita, a bacterias, a nodulos mal curados. Un perro al que lo ataron demasiadas veces y ahora ve a un bebé y gruñe. Puedo

declararme a favor del fascismo, de la pena de muerte, de la quema a caravanas de gitanos. No controlo esfínteres, no agradezco ni saludo. Hago ejercicios de inmovilidad sobre espinas, de crueldad con indigentes, de silencio absoluto. Estoy ociosa en mi sótano, en mi gabinete. Estoy encerrada y huelo a tufo. Afuera brillan los pinos y el sol blando. Afuera, la gente también vive en hogares como este de techos bajos y apila sus botas de caucho y sus conservas vencidas en la cave. Afuera, se la pasan tirados en sus mecedoras comiendo frutas enlatadas y roncando. Y tienen vidas como esta, la pesadez caliente de una lombriz en nuestro abdomen.

Y CRUZANDO EL PASILLO hacia mi cama tengo la visión de alguien en cuatro patas y mi cabeza acostada debajo de sus genitales dobles. Mi boca acuosa aspira ese aire mágico. Ese nido. Me desvisto, me acuesto, apago la luz, así o en cualquier otro orden. Algo se está quemando, mamá.

ENTRE LAS SEIS Y LAS OCHO DE LA MAÑANA trago una bocanada de pesimismo de una potencia rara. La gente que veo, el vecino todavía vivo, pero con una bola en la garganta, abajo del lóbulo izquierdo, cortando su pasto con la señora que lo acompaña y le hace de comer, cada vez los huesos más finos. Mamá dormida, la espalda con escoliosis la vuelve yacaré. No solamente la chata, los dientes postizos, todo encogido y frágil. También la puesta del sol rojo fluorescente entre los olivos o sobre el mar negro. También el más puro amor. Una pareja de la zona, él con bastón de pezuña, ella una mujer en bicicleta que pasará al olvido. Llueven piedras, imposible salir. Piedras cayendo en trompos entre los árboles que las atajan. Piedras agujerando los panales. Piedras golpeando en el canal, en las frutas de verano sedosas, en los carozos a lo largo del camino. Piedras rompiendo las babosas brillantes. Masturbación y letargo. Y la fatal pérdida. No iremos a navegar y pasaremos el día jugando al bridge, al backgammon, al scrabble. A mamá le va a crecer la joroba y va a ver un momento donde diga, soy ella. La muerta que llevo se pasea en pico alzada por el predio mojado de fresas salvajes. Ella que llevo desfila y el tamaño de su clitoris titilando es cada vez más grande.

ME DESPIERTA EL CLIC CLIC DE UNA CIL TÁCTICAL equipada con rayo láser. O un olor a turba en el aire. O bardas de piedra y musgo. Me despierta un amor agridulce que no existe. No un amor, dedos larguísimos y salados. Restos de mierda de vaca en el aire. Me despierta la impresión de que todo el resto que no sea él eyaculando en mi culo, estorba. Mamá arriba de mí excitada y yo que la soñé aplastada por un coche con cambios automáticos. La conductora de lentes gruesos gritando entre sus órganos, qué horror, pero varias veces. Huelo a gas. Lo echaron

sobre el nido de abejorros, ahora las gallinas dan vueltas frenéticas. Me desmayo, mamá. Te soñé retardada, me tomabas por otro, me celabas, les decías a las enfermeras de turno que era tu príncipe, y contraían el ojo para que me hiciera pasar por él, tu candidato y me llenabas la barba de besos. Noche corrompida, noche de truenos blancos sobre murciélagos. Estás exagerando. Voy a salir, corréte, voy a respirar partículas y chuparme los labios, es mi técnica, a veces lo consigo. La vibración de él. Me la paso buscando huecos donde derribarme. Esquivando esas gruesas palomillas nocturnas. Ya está. Llamemos al doctor. ¿Al mismo del experimento del cuchillo? Despertar muy cerebral. Tiene usted que probar sus pulsiones, tiene que tomar la cuchilla por el mango y acercarse despacio para ver que en verdad no va a hundirlo. Qué método más raro mamá, estuve a un pelo de rebanarte. El viento que sopla me aporta su olor. La madre naturaleza me lo trae hasta el establo. Me que-rés hacer el favor de calmarte. Qué madre naturaleza ni quéocho cuartos. Bosta te trae. Rayos radiactivos, polución, nos trae. Vicio. Peínate, recomponéte y salgamos. ¿Viste cuando el juguito que se forma de a poco entre las piernas empieza a despeñar? Quiero ese chapuceo, eso molusco que no te deja caminar, que no te deja vivir.

ACÁ ESTAMOS en la habitación de huéspedes, grande, despojada. Eco a enjambre de moscas y moscardones, a pájaros diversos con picos largos como cuernos, ruido a los cantos de unos sobre otros. Mamá se estira los pelos rubios ceniza, en la cama, suavemente. Su camisón es una túnica. ¿Vamos igual a navegar? La acumulación de pedruscos en este tipo de casas construidas hace siglos, la humedad de las cisternas nos aturde. Vamos al pub. Está cerrado, es un pub nocturno, cuántas veces hay que decírtelo, los alcohólicos no ven el día. Mamá cambia de posición, vuelve a levantar las piernas contra la pared. Busca consolarse del imposible sentido.

Y réimos, somos de tentarnos bastante seguido. Dos maniáticas con modorra. Naveguemos. Y nos empujamos y nos sacamos de la casa, equipadas como para una aventura en el Niágara. Caminamos hasta el río bordeando la costa de cabañas y terrenos en picada. Llevamos un palo para espantarlos, pero los perros de los cazadores nos ladran durante todo el paseo. Desde la última vez que uno mordió el trasero de mamá en bicicleta, camina abrazada a mí. Desatamos una balsa de plástico y subimos y recorreremos el cauce. Remamos sobre la espuma intentando vencer la turbulencia. Navegamos bajo los puentes romanos, sobre la ribera que da a los pueblos medievales, pasamos las iglesias, entre la lluvia gruesa y caliente. Durante horas no hacemos otra cosa que dejarnos envolver. Por momentos desborda sobre los canales y mamá tiene miedo, el aire es cada vez más revuelto. De pronto hay olas, hoyos, remolinos, no sabemos movernos ni interpretar el río, cada una rema para su lado. El viento nos lleva hasta un extremo y la balsa se incrusta en la tierra blanda. Mamá está desmayada. Puedo dejarla hundirse y volver a casa, llamar a medianoche al 911 desde el teléfono público de la estación de servicio y explicar que la

perdí en la crecida. Y cubierta de una frazada gris que me tomen declaración, las huellas digitales, llorar en el hombro de algún convicto. O puedo ayudarla a salir y escalar. Nos refugiamos en una isla redonda. Nos quedamos sobre un pedazo de tierra mojada y después tenemos el impulso de sacarnos la ropa y correr troncos abajo y troncos arriba seguidas por zumbos. Atravesamos las llanuras como islas en un mar verde y en un momento la veo agacharse y ser una indígena.

MAMÁ DUERME CON HIPOTERMIA bajo las mantas y bolsas de agua. Si sube la temperatura, emergencias. Si tiene epilepsia, helicóptero. Si muere esta noche, sepultura. Estoy sentada en la silla azulada frente a la tranquera, sobre la mesa un platito con quesos y dulces de membrillo. Ya arranca el duelo en vida. Los gatos y loros del vecindario están mudos. De a poco vuelven como pócimas los hedores de la infancia, un sendero de caza con árboles de gran tamaño de madera olorosa y copa cónica o vertical. Las tiendas de antigüedades, los invernaderos, los molinos de las áreas de construcción, las casas de verano, un túnel cavado con palas viejas en un bosquecillo de cedro. Todo siempre lleno de moho. Todo siempre, hongos, herrumbre, óxido. Mamá levantándose en los hombros para que coma del árbol, mamita haciéndome caminar sobre un leño caído, mostrándome el sexo, ansiosa esperando a que me haga adicta. Ávida de que tome altura, midiéndome con un crayón contra la pared. Mamá feliz cuando mi espalda es atravesada por un elástico sujetador y ya hablo sucio. Mamá sonriente el día en que un hombre me siguió por el bosque, y me dijo, no tengas miedo. El día que un hombre me siguió por la escalera caracol prometiéndome una foto de cuando era bebé. Satisfecha cuando empecé a dibujar erecciones en las mesas del colegio. Ansiosa por poder pitar como dos chimeneas en los atardeceres, irnos de copas a un pub de navegantes tatuados, reír en la barra como dos histéricas pueblerinas y tocar bíceps. Y rato-nearnos de lo lindo en los mingitorios del lugar. Bailar conmigo pegada un bolero sin miedo a que las autoridades la denuncien otra vez y ella tenga que buscarme con la cabeza gacha. Intentando modular como las otras en la comisaría. Qué largos son los días de verano, ¿no es cierto? Pronto llega el invierno, la luz que se corta de un mazazo a las cuatro de la tarde y las muertes por asfixia. Quiero arrojar mi infancia como esas pelotas que escupen las lechuzas con restos de dientes y de los cerebros, que no pudieron deglutir.

ME ENCERRARÍA CON ÉL en los lugares más sombríos, lúgubres y estrechos del mundo. Viajo hacia él toda la noche como un refrán infernal. Como un trombo. Pierdo todo del cuello hasta arriba. Estoy llena, no llena, embutida, no embutida, adosada. Sigo la excursión. Ahora veo a hombres lindos, bien proporcionados, no siento nada. Pasan a mi lado y son lechuzas. Mi cuerpo se calma frente a ellos. No soporto pensar que mamá tenía olas de calor que la postraban. De una, en la cama, todo el día. Y que me dejaba en el subibaja con la crema rayito de sol mientras se tiraba a comer los pelos de él, uno a uno, como pitones. No soporto pensar que la

abuela dormía con mamá y destilaban exactamente el mismo olor en el mismo lado del colchón. Las hebras pegoteadas en la funda. Que mamá peinaba las trenzas de las vecinas para picotear sus cenas. O que se hacía la liberada, recorriendo los parajes con su sed a cambio de cheques. Todo el mundo debe dormir solo, como yo, y no tocarme más que a mí. Una mañana, mordida por los celos, por los espectros de los celos, me despierto antes que los demás. A las seis. Luz pulida con resolana y pajaritos sobre la ropa tendida. Los muebles recién lustrados, el mantel sin manchas de dulce, un silencio de materia sobre las cosas. Voy hasta la hamaca. Paso tres horas arriba pensando. Vuelo de fiebre. Apenas toco el pasto, planeo con patitas de tero, gusto a caramelo y vaginita lampiña. Pensando en esos celos. En el ardor cuando mamá acaricia a otro. Ríe con otro. En el insoportable ardor de escucharla gemir como si se estuviera meando, yo esperándola en los pórticos, saltando sobre las cañerías, cantando al revés. Mientras me hamaco, decido que no voy a tener más celos de ella, veo ese día de niña, algo hervía en la olla, un guiso o un macho recién guillotinado, algo se doraba pesado a la brasa, cuando me dominé. Bajo, salgo de la nube. A las doce me llaman a lavarme las manos.

MIRO EL TELÉFONO Y NADA. Ni un solo mensaje escrito en todo el fin de semana después de la pieza roja. Ni un solo llamado perdido después de la penetración de pie y de levitar. De la mano sujetando el cuello y el vello jugoso. De la explosión de lo imposible. Lo imposible a secas. Nada, me repito; nada, me repito. Y miro el teléfono. Y lo dejo. Y vuelvo a mirarlo. Renuevo la secuencia. Mirar, enfurecerme, asustarme, dejarlo en la tierra, volver a mirar. Dejar el teléfono dado vuelta sobre la mesa, sobre el pasto, tomarlo lleno de hormigas, soplar para que ninguna entre, no encontrar nada. El mundo toma bruscamente el aspecto de un cielo turbio. Es el momento crucial donde alguien sensato decide marcharse. Tomar aire, sacar pecho y arremeter. Tomar aire, estirar las piernas y abrir el portón. Y todo hubiera sido empezar una nueva historia en otro sitio. Algo de dinero, una maleta con ropa, unos cuantos documentos falsos, son suficientes para empezar. Con casi treinta años soy joven. Saludo a los vecinos, mucho gusto y me dirijo a la puerta, saludo a mamá, sin temer el estampido de un flechazo. Otro estado, otra vida, otra persona, aprender el acto reflejo de darme vuelta cuando dicen mi nuevo nombre, ni femenino ni masculino. Ensayar firmas, cambiar la vestimenta y el peinado. Y dormir mañana mismo en un colchón como una desconocida. O alargarme los ojos. Trago el dulce casero y doy largos paseos mentales. Tengo miedo cuando vuelvo a mirar, pero algo tiene que haber. Tengo miedo de decir, mamá cuando se despierte de un saque en medio de la noche. Miedo de escuchar, hija en su voz convulsa. Y viene un aluvión y es otra vez de madrugada desnuda en la pileta redonda de plástico, mamá aplaudiendo mis dos incipientes tetas. Había terminado la cena con doce años y contra el cielo había antenas, alas, chiflidos. Salí a ver la oscuridad, a dar brazadas, quería extraer savia, néctar y con mis manos en mi cuerpo desvestido todo era sumamente hermoso y nuevo y la electricidad caía al agua dejándome sola. Era la primera vez que me masturba-ba de miedo, hasta que la vi. Había estado agazapada en su tapado de piel, con el cigarrillo apagado y el gesto de tirar igual la ceniza. Como un carpincho que no se quiere hacer ver y se vuelve pasto. Y empezó a aplaudir la perversión del amor cada vez más

fuerte, bravo nena, sos la luz al final del túnel, te felicito, ya sos una flor de hembra, bravo hija, sos un pedazo de mujer. Me cubrí y salí corriendo.

CON EL VERANO ENCIMA abro un ojo en plena madrugada. Aquí y ahora una noche de sol infernal. La casa funciona como una pesadilla cálida. Me tomo un cuartito. Camino con ojos hórridos, giro como una cabra para buscarla desde todos los ángulos. Sus sábanas de seda están misteriosamente frías, sus pelucas colgadas, sus tacos en orden, sus vestidos planchados. Tengo esta amargura en la boca, este gusto traicionero de la realidad. Pierdo pie. No encuentro ninguna solución, solo ansias de carnicería. Los remedios son probablemente ganchos con carnada, todo está fuera de control, ayer o incluso ahora mismo mientras miro el campo abrirse, todo empieza a ser recuerdo, brisa quemada. Todo es archipiélago. Mi casa tiene frascos de formol con ratones. Mamá los recoge con una pala y los empuja con un cepillito de cerdas gruesas. Ella misma los traslada y los introduce en el frasco, no sé de dónde sacó la prescripción para obtener el formol, pero los inyecta y se maravilla al levantarse y notar que los órganos y visceras se volvieron un cuerpo rígido. Mirá, esta ratita bebé es más sólida que una piedra. ¿Qué pasaría si tomáramos unas cucharadas? Habría que probar inyectarnos formol en la carótida y sacarnos sangre por la yugular mientras estamos vivas, anestesiadas, ¿no? ¿Decís que podríamos elegir de qué forma quedar embalsamadas? Mamá no está en el toilette, no se peina la raya en la hamaca, no lee una revista de decoración rural en la cocina, no toma café descafeinado en el pasillo. Cada agujero está cubierto de ramas retorcidas, tal vez sea eso. Tengo poca edad y mamá me mira los dientes y me los cepilla hasta el rojo. Tengo más edad y mamá me construye una cabañita sin techo entre las serpientes. No llego a la silla y ya la descubro en cuatro patas. Hay bichos en su habitación, aparecieron por estos días, bichos resistentes al calor. Nos pican la cara, las manos. No sabemos qué son, así que compramos una cosa que crea una neblina venenosa. El vendedor me aconsejó que volteemos el colchón y saquemos toda la ropa del armario, cumpliré al pie de la letra ubicando sus frascos y remedios en fila. Mientras hierva algo en la cacerola cerraré puertas y ventanas y lo echaré. Dónde anda metida ahora. Hay un temblor en la maleza, debo salir a cuidar a mi plantita, tengo que dar calor a mi nido. Ya se veía qué tipo de madre sería, se la podía ver subiéndolo al monte con su bebé atado a la espalda. Sin querer saber el sexo al tercer mes, sin querer saber si tiene una malformación. Me pregunto si no estaba actuando de embarazada mientras me tenía dentro, si en el fondo no pensaba que llevaba una almendra. Enciendo la linterna, me cubro de repelente y salgo a buscarla. Después, comeremos liebre fría y se quedará estancada en el paladar. Después, los cubiertos engrasados en el lavaplatos, y otra vez amanecer. Pero luego un domingo fumamos en campo abierto entre faisanes echados ahí por los cazadores.

CAMINO POR LA CARRETERA PRINCIPAL sin saber si seguir derecho hasta la curva de la rivera, cruzar el descampado hacia la casa de los ovejeros, atravesar la ruta en el sentido del

hangar de avionetas. O meterme en la casa del cuidador del cerdo al que le vuelan los sesos. Mamá no dejó rastros. Me alejo de la casa y me muevo por la estepa como una miliciana con tiradores de cuero y cartuchos para abatir a un regimiento. Debe estar comiendo plantas, una por una masticándolas sin dejar la boca vacía. Sonrío. Mamá debe estar dando saltitos. Me rodea una plaga de insectos acuáticos, los nichos de abejas. Me rodean bacterias. Estoy de pie con ganas de desgarrarlo todo de un corte brusco en el tallo. Sudar, destilar, ver un gran tronco venirse encima. La antorcha centellea. Me alejo y el filo metálico me inclina hacia abajo. Lo talaría todo con mi lengua de acero. Corro, corro como vikinga enfurecida, corro como una purificación dando golpes alucinados con mi navaja. Doy tajos y levanto las raíces aferradas con fuerza a la tierra frágil, doy tajos a las ramas y al aire. Me tiro en un pozo de agua caliente, un sauna en medio del cerro. Mamá, estoy chorreada, brotada, y es una batalla contra un jaguar. De a poco se desploma la madera muerta de cada árbol y solo quedan las hierbas bajas y matorrales. Ella no aparece tampoco acá, ni a la intemperie, ni oculta debajo de los hongos como alucinógenos. Siempre lo mismo, ella escondida y la nena de la mano de un desconocido que le acaricia las venas. Mamita, mamita pregunto de casa en casa. Mamita, mamita, pregunto en los almacenes. Siempre el mismo acto, mamá abre la ventana, hace ruidos de catástrofe pero al final estaba viva, y yo me sacudo durante días. Ella y sus simulacros. Yo desnuda o con el calzoncito rosa. Vuelvo derrotada por la zanja. Acelero. Derrapo. Todavía no cruzo a nadie y ya asoma lo que llaman día. Árboles blancos. Colinas. Árboles blancos. Colinas, colinas, árboles blancos. Quizá me espera con pan recién horneado y mermelada. Quizá tiene delantal y palabras claras. Y arriba hay platos voladores. Ni idea si todo esto son especies forestales únicas, si tienen pulpa, si son frutales o exóticas, palmeras, pinos, viñedos, laureles o álamos. No pienso en el origen del mundo ni en aprender denominaciones. Una avioneta levanta vuelo. Dos hombres se llenan de astillas, recogen huevos, alimentan bichos. Dónde cuernos está. Por qué el día sigue. En mi camino de regreso distingo debajo del puente dos piernas como una cabrita sin lana. Me acerco, me mira, se aleja y termina de llenar el laguito con su vulva. Gritamos una vocal bajo el puente para que retumbe. Muchas hijas y muchas madres rubias corriendo al encuentro. Hijas y madres esmeriladas.

MI RENDIMIENTO EN EL TRABAJO es catastrófico esta mañana, textuales palabras del responsable. ¿No ve lo que se le presenta delante de los ojos? ¿No hay operación mental? ¿De dónde vienen esas palabras? Me voy caminando por el parking olvidando sacarme el uniforme. Pero no encuentro mi auto. Es gris igual que todos. Ahora no lo encuentro. Como mamá y la abuela no me encontraron en el camping y pasé la noche acostada entre corderos y sus ojos eran bolas que me turbaban. Entro al supermercado hasta que me venga la imagen de nosotras andando a toda velocidad. ¿Por qué ahora llega esta evocación y no otra? Estamos él y yo paseando por una zona rocosa, cada dos o tres guijarros paramos para besarnos. Lo veo a él pero no veo el auto. ¿De qué marca era? Veo su lengua. ¿Tenía pegado algo en el vidrio? Me quedo frente a los conos con sorpresa junto a la caja registradora. Ningún niño parece intrigado por los paquetes. Manga de niños de pueblo. Niños babosos de la mano de sus madres. Niños ya muertos

en su foto escolar. Oigo mi nombre resonar en los altoparlantes. Señora. Señora, me llaman. Debo responder a la orden de la supervisora, tendré sanción. Soy un producto de las rebajas. Soy la anciana que viene a pasear entre las cajas navideñas. Veo que se acercan a mí, detenida en este supermercado con el uniforme, me preguntan precios, troto por el parking, troto y voy saltando los techos de los autos.

PLANEÓ CÓMO CALENTARLO. Me concentro en él. Me aturde la mano sucia, alterada, las antenas paradas. Desmayada, la cara abultada, sigo perdiendo pie. Ella detecta algo raro desde la huerta, las manos en las raíces, no cree lo que ve. ¿Qué hacés acá a esta hora? ¿No tuviste demasiadas vacaciones, ya? Sos de no creer. Vuelve el ama de casa con la ensalada y la remolacha y la pinta de buena matrona. Levantáte de ahí, levantáte ya mismo. La conciencia aguada de la infancia. Todo está en la experiencia precoz de los veraneos fantásticos. Pescábamos en arroyos secos y nos cagábamos de hambre hasta que encontrábamos a un tipo con caña muy entrada la noche y ella conseguía cena. Antes yo con los ruidos en la panza dando vueltas por los pueblos, sentándome con las piernas abiertas en las escalinatas de las capillas, escupiendo en el piso mensajes de auxilio. O robando pan de la basura. Mamá de puerta en puerta. Mamá con tacones de madera en los zuecos. Y yo dormida, la cara en los espaguetis con salsa o en el atún al aceite. Y yo dormida, babeando en las mesas de las tabernas donde bailaban con las pelvis y fumaban tabaco sin filtro. Dejé de desperdiciar tu tiempo. Me despierta del sueño con un garrotazo en el pecho. ¿Te mandaron a casa? No es el colegio, mamá. ¿Qué te dijeron esta vez? Decime exactamente qué hiciste, dejame llamarlos, pásame al supervisor que le explico. ¿Te sancionaron? Me subo a la ola de mi calentura. Allá en la torre de control bien alta, nada interfiere. La otra habla sola, soporífera, que el trabajo es el pan o la sal, que el trabajo nos mantiene cuerdos y yo sigo risueña en mi manía. Ahí viene hasta mí fregándose, y yo lo tengo tirado arriba, estrellado, olfateándome. ¿Hace cuánto que no te la meten, mamá? Sos grosera, sos una puerca y se da el gusto y me da una buena cachetada que suena feroz. La sensación de enamoramiento cuando te la meten bien adentro, mamá. La felicidad fabulosa cuando te la meten hasta el fondo y te la sacan pero vuelven a entrar, como si te rescataran de un cenagal. Es eso, ya sé, me la pone y cuando me la saca pero vuelve, vuelve y estoy a flote. Ese refrán de estar acunada en sus brazos, pero acá del otro lado del sexo, el refrán es infinito también. Cacofónico. Mamá te hace falta el rapto del coito. La velocidad de las venas en el coito. Los gestos fanáticos, punzantes, las últimas teclas del piano. Otra que orar, otra que meditar. Mamá se alza con sus uñas. Me despelleja como a los perros chinos en las perreras de los suburbios. El horror, que nos quedemos en la ruina. Si nos cortan la luz qué hacemos. ¿Y sin gas? ¿Y las mañanas heladas sin calefacción? ¿Y comer un conejito a la mostaza, de vez en cuando, seguido de un traguito en algún bar moderno? ¿Y zapatos de cuero y carteritas? Calculo que a la velocidad a la que murieron mis bisabuelos y abuelos, ella y yo no tardaremos en llegar. Moriremos jóvenes y sexys, seremos las más lindas de la morgue. Y ella me la vuelve a dar en la misma mejilla. Me tira de las piernas, me arrastra por el pasto. No estoy en este mundo sino en otro, mucho, pero mucho más celeste. Infinitamente celeste. Celestial. El mundo del vaivén sexual. Del ronroneo

idiota. El mundo poseído del sexo con portones. Viste que aprendí la lección. Tiene una fuerza enorme y apenas me sacude. Agitada se dobla en dos, asmática, ya no sabe cómo lograr que • reaccione. Pero yo desprecio esta vida donde a cierta hora en la cocina el agua rompe a hervir.

ALGO MUERDE MI CARA. No tengo espacio en mí. Mamá me da el besuqueo de las buenas noches, el crío en el vientre como en una máquina lavadora. Todo empieza a desconfigurarse muy lento, el bebé se rasga, pierde aspecto, estuviste acá, dice sacando panza, acá mismo, vení a tocar. Me morfaste hasta el cal. Tiene el pelo cepillado y le queda hermoso, parece radiante por haberme hecho. Pero la veo con baja energía, una vieja que llega agitada a tirar la basura. Mañana te levanto temprano y te llevo. Mi mente sostiene objetos en el aire, de pronto descubro que el techo está muy alto. Muestro a mamá mis manos a la luz. Son preciosas. Vamos a lograrlo todo, y me pone crema, dedo por dedo, arruga por arruga. Mañana a la mañana vamos a arreglarlo, te voy a dar un buen desayuno americano. Buenas noches, ella me tapa, la caricia en la frente de la rubia sin moral. Con el cuentito del lobo con las piedras en vez de cabritos o el de vacas como estacas, vacunadas, castradas, desparasitadas. Sin embargo, lo único en lo que pienso oyéndola meterse en la cama es en una noche nevada en el campo. No sé por qué en una noche lentamente nevada en el campo.

SALCHICHAS ALEMANAS, TOSTADAS FRANCESAS, huevos revueltos, canela en polvo, todo pimentado y crocante. No se altera cuando tardo y remoloneo debajo de las sábanas. Me acompaña al baño, me prende la luz, me sienta en el inodoro, las patitas colgando. Está divina esta mañana con su rodete trenzado, su collar de perlas y su vestido capullo. Esparce perfume de agujas de pino, me acomoda la blusa, me cierra las sandalias. Busca música ligera, de playa. Vamos canturreando cualquier cosa a través de las fábricas de madera sintética, las zonas industriales con sus jugueterías al por mayor, los negocios de jardinería y muebles de exterior con sus regaderas de acero y sus macetones de cerámica. Estacionamos en el parking vacío al lado de la pila de carritos de metal donde me lleva de paseo y me usa de mascota. Me da la mano pero se la suelta. Está nerviosa, me acompaña a mi examen de danza acrobática y sabe que me voy a caer haciendo el triple mortal sobre la viga. Cierra los ojos cuando caigo. Está bien, ya está y avanzo unos pasos pero da dos zancadas detrás. Entro con vos, me echo la culpa de todo, qué importa. Y entra, intento distanciarme, que parezca una diente, voy directo a los cambiadores. Ella sonrío a todos, se dirige al mostrador. Las empleadas y el supervisor se dan cuenta de que es mi madre, antes de que abra la boca. Me meto en el cuartito, cierro con llave, me desvisto, todavía puedo olería. El perfume exacto de mamá. Me cambio rápido y abro de un golpe, ya hay clientes mirándose en los espejos y dando vueltas con perchas. Me hacen un gesto desde el mostrador, es un hecho, mamá molesta con sus explicaciones y sus modismos, quieren sacarla de ahí pero no saben cómo. Mamá gesticula, se tira el pelo hacia atrás, apoya el pecho, cree que está

ganando, cree que es una mujer distinguida. Una diente se me pega, avanzamos como garrapatas. Ella observa satisfecha toda mi conversación sobre talles, precios y telas. Le gusta mi agonía. La llevo hasta los detectores de alarmas, la empujo, la veo irse con la carterita colgando y sentarse en el auto, a esperarme en pleno sol.

ME CORRO VARIAS VECES EL PELITO, me sacudo la modorra en los cambiadores con espejos de pie. Varias veces al día el cielo está demasiado brillante, demasiado aturdido, ella siempre sentada en el asiento reclinado. Por la ventana la veo entrar al supermercado y salir con una latita y un sándwich. Pero durante la tarde su pesado cuello de perlas hacia atrás, una víctima calcinada. Pero después, el parking repleto y algunos empleados mirándola dormir o babear por la ventanilla. Yo sigo parada, cada minuto yendo al cuarto a mirar si se prende la lucecita roja. Me interceptan, que qué hago tanto tiempo en el baño, que debo atender a los clientes, reponer mercadería, estar visible. Mamá muerta al sol y yo en esta caja gris de metal. Mamá descomponiéndose en rosado y yo en esta heladera. Mamá son perlas rebotando en el parking como sonajeros. Empiezo a escuchar el piano, si no me escribe dentro de un minuto voy a tirarme sobre la alfombra. Si no me escribe antes de la salida, voy a rasguñar. Ya falta poco pero mis dedos me desabotonan. La mitad del cuerpo afuera y tengo la mirada de los otros. Se acercan, antes de que puedan tocarme voy hacia la pequeña cámara de torturas y agarro mi teléfono. No está permitido el uso de comunicadores privados durante las horas de trabajo. Y me miran con piedad. Una loca que viene a sacarse el feto fuera de gestación. Me miran con falso entendimiento. No terminaste el día. Estás por quedarte desnuda. Y salgo. Me tiro fuera de la puerta automática y sus cuchillas. Corro, corro como una maldita enferma de los trofeos. Corro sobre el hormigón hirviendo como una atleta con piernas nuevas, corro para dejar chorrear el mal en mí.

FRENA DE GOLPE SOBRE LA BANQUINA. Me mira. Sé que me hubiera clavado una aguja de tejer pero tiene la cara y la boca demasiado secas. Pueden ser sus últimos minutos así que la estrecho con fuerza. Qué hiciste pelotuda, y me devuelve a mi asiento. Pongo el pie en la guantera y la lleno de tierrita. Me deshice de ellos, qué pasa. ¿Que qué pasa? ¿Y ahora? Dicen que no se puede usar el teléfono durante la jornada laboral. Podés salir a trabajar vos también, eh. Ella sacada en un ambiente chico es peligrosa, así que cuando se me viene al humo, me tiro. Sale también. Necesita agua. Un bidón entero. Intento hacer caer una gota de Coca Cola ardiente en sus labios. Tragá saliva. No tengo. Acumulá un poco, ¿no sa-bés juntar saliva? No podrías sobrevivir en el desierto más de un minuto. ¿Para qué mierda querría sobrevivir en el desierto más de un minuto? ¿Vos me ves a mí en un desierto? Trata de abanicarse con las manos pero no puede y se apoya en el auto y abuchea. ¿Quién era la pelotuda? Estira el brazo para darme pero la esquivo con facilidad. Haber terminado de una buena vez con el rito de la infancia y tener

movimientos de karateka. No soy tu esclava, tu indiecita traída de tierras lejanas, me sale, andá a dejar vos tu currículum a Mr *Buffalo*, a Go Sport, a Tao *Chi*, la nueva apuesta de la zona china, te ponen botas con cordones rojos hasta la rodilla y no necesitas hablar inglés. El día de tu cumpleaños almuerzo gratis para dos. No me pasan las rodillas las botas con cordones. Y se larga a llorar. Me acerco. No tengas miedo, mamá, acá se vive sin nada, tenemos tierra, tenemos agua, tenemos verduras y luz natural, qué más podemos pedir. Dos beduinas fracasadas. ¿Whisky, ostras, descapotables? Su sedienta cara no me deja responder. Su cara de afán de alcohol, de estimulada a la que no dejan palmar pero tampoco perder deseo. Sigue llorando en el hueso de mi hombro y me acalambra. Vamos a seguir viviendo. Pero cómo, hay facturas impagas por toda la casa, no te van a aceptar en otro negocio de la zona, dónde podemos ir, cómo podré tomar, dónde vamos a parar. Una horda de motos de competición entra en la rotonda.

LAS HIENAS CORRETEAN mientras nos miramos, los pies debajo del verde crecido. El llamado de la manada para asediar. Cómo tironean de la trufa de la pequeña, qué enfermas son estas hienas, ¿no se les puede derribar con algo desde acá? Esto apesta, dice mamá mirando hacia el bosque, y se va a sentar a la hamaca. ¿Con qué les querés dar, con una molotov casera? ¿Cuánto nos queda en efectivo? Ya olvidó a la cría, así de rápida es, ya ni ve los restos fundirse en la granja. No soy un banco de provincia, no soy una puta caja de ahorro. Y mamá pone su cara de compungida, y pienso en acariciarla. Gran ventaja las mujeres con cabellera lisa y suave, en general color miel y con aroma a limpio. Pueden decir la cosa más inmundicia, ser unas déspotas, pero luego te dan ganas de pasarles la mano abierta por el pelo. Cuánto nos queda, hasta cuándo podremos vivir. Podremos vivir décadas enteras sin ese mugriento sueldo que usabas en las góndolas con productos prefabricados. Yo, a mi edad, no me voy a poner a cocinar, a envejecer antes de tiempo, prefiero el alhajero con la pastillita mágica. Si seguíamos comiendo esas cajitas de plástico, íbamos a explotar. Cuánto nos queda, no es una pregunta difícil para una chica lista como vos. Salgo y me sigue, siempre pienso que si me detengo en seco, se rompe los dientes. Vacío las carteras y los bolsillos, el joyerito de los billetes. Cuenta sobre el acolchado, junta color con color, las monedas grandes, aparte. Recuenta, moja el billete, su lengua verde y rosa. Yo miro una brisa balancear el aire detrás del vidrio grueso. Se le caen las manos, se le abren los dedos. No llegamos a tres mil. O comemos o llenamos el tanque. Yo no voy a vender nada, no puedo deshacerme de los vestidos de mamá, dice. Lloriquea, aunque trata de evitarlo, son bordados a mano, tenía quince años, los hizo a la luz de la vela. Ahora ama a su puerca madre. Ahora le conmueve un bordado. Antes de que llegue la lágrima al colchón, salgo. A dónde vas viene al galope. Marco el número secreto. Me voy alejando mientras suena el timbre. Mi vida pende de una hilacha idiota. Responde en voz baja, dentro de un cubo, justo cuando mamá me sujeta la pierna con la mandíbula. Estoy en una reunión con un cliente que representa el 40% de la cifra anual, pensaba en vos. ¿De qué me sirve que pienses en mí? ¿Quién entiende la lógica depravada de los hombres? Iba a escribirte. ¿De qué me sirve que fueras a escribirme? ¿Es un chiste? Iba a decirte que te extraño, el cliente me está mirando de reojo, sus inversiones simbolizan la estabilidad financiera de... ¿De qué me sirve que...? necesito verte hoy, me quedé

sin trabajo y tengo una bombacha preciosa. Es difícil hoy, qué olor tiene la bombacha. Yo necesito que sea hoy, tus clientes van a estar cada uno ordenado en su tumba de cliente, y mi bombacha metida en mi raya del culo. Un rato, no más de dos horas, no puedo llegar tarde, mi lengua untando tu raya, mi dedo entrando en tu pequeño culo, esta noche tengo que ir a buscar a... y corté viendo a las viudas de los clientes depositar la florcita infecta del recuerdo. La lagrimita de la ceremonia del adiós con el traje, el gesto y el discurso del allá en el cielo estará mejor. Mamá aparece enredada en el cable de una vieja plancha. Me voy a poner a ordenar este chiquero, dice, el pelo recogido. Ya es hora de que sea un hogar. ¿Qué, te vas? Vuelvo en unas horas. Te espero con la cena a punto y se da la vuelta y se aleja simulando el pasito de la esposa domesticada, pero bien que es una. La hora exacta previa a encontrarlo es tan bellamente sórdida como tirarse de cabeza en una rivera.

CREO QUE NO PENSÉ REALMENTE EN NADA en toda mi vida. Pateo piedras al lado del camino. Ahora soy una turba de aves nocturnas. Ahora soy una imposible horrible maravillosa noche. Ahora una avalancha hueca. La gente vuelve a sus hogares después de hablar en las oficinas públicas o viajar en tren desde la ciudad y dejan los periódicos en forma de tubo sobre los asientos. Hago el ligero movimiento de cabeza que significa que saludo. Algún automovilista me ofrece acercarme. Intercambiamos dos o tres palabras. Como los autos de la infancia donde los hombres se acariciaban mientras me preguntaban cómo llegar al cruce del ferrocarril. Ese movimiento embotado. La panza de mamá crió luto, gestó luto, engendró una planta carnívora y acá estoy divina en mi short y mi remerita ajustada. Pero amné-sica sin él, purgada. Los hombres pierden tanto tiempo mientras duermen y bañan sus pies. Pienso en los sexos de mamá y el señor atornillados volviéndome niña. Pienso en nuestros sexos peludos inventando hijos. Ahí va una madre con las manos detrás de la espalda. Ahí va otra mordiendo el cuello de su cría. Las nubes no me rescatan hoy, no me aspiran. Faltan menos de cinco minutos. Cómo puede describirse esto. Faltan menos de tres minutos. Pasa un auto. El viento alivia a la tropa. No se puede. Ahí viene. Se aproxima. Y es como dejar caer valijas pesadas de un largo viaje y mirarme los dedos latir.

AHÍ LLEGAS, QUÉ SUERTE, GRITA. Pensé que te habías fugado al galope con el caballero de armadura. A juzgar por tu carita de cansada, te fue bastante bien. Bueno, les fue, no es que estabas sola en la cama, pero la verdad, podrías haber sido más contemplativa conmigo, eso de hoy por ti mañana por mí. No estuvimos en la cama. ¿Qué es esto? ¿Nos mudamos a un castillo? ¿En dónde lo hacen, entonces? No me digas que en el corral abandonado. ¿No se te ocurre otro lugar mejor que un corral o una cama? El establo pero está mugriento, ahí dejan los líquidos que salen de la nariz y el ano los que van a tener a sus párvulos. Jornaleros y obreros podrían verlos también, no te lo aconsejo, yo sé por qué lo digo, dudo que la higiene haya cambiado en veinte

años. Qué decís. ¿Te asombra que tu madre haya sido chancha también?, yo me revolcaba y volvía apesotosa con la cara tirante. Y me escondía de la abuela adentro de la carreta o me tiraba así como estaba, a revivir todo. No quiero hablar de eso, ¿por qué esta montaña delante de la puerta? Cuando entres a la casa te vas a desmayar. Creo que es la primera vez en toda mi vida que leo de corrido la etiqueta de un producto de limpieza, para mí detergente y desinfectante eran lo mismo, pues, no, aprendí muchas cosas en tu ausencia, imagino que vos también. Bueno, tampoco pido detalles, posiciones, cantidad, con decirme si estuvo bien, me basta. No vas a creerme pero me gustó limpiar como una poseída. ¿Hiciste fondo blanco con lavandina, mamá? Pasar la aspiradora tiene su encanto, la escoba también, te libera de pensamientos incrustados. ¡Qué linda es la enajenación, la recomiendo! Te ordené los shorcitos, según cómo te quedan, ni bien podamos vamos a la feria a comprarte corpiños con aro, están a la miseria, entre nos, te hacen unas tetas de vieja. Subítelas al cuello, juntálas, que parezcan una sola teta larga. Si fuera útil con las manos te los fabricaba yo misma. Bueno, decís cualquier cosa, dejame pasar, se va a hacer difícil entrar con todo esto, permiso. Empiezo a vender mañana. Seguro que en Villechaud o en Bohéme encuentro compradores. Te das cuenta por el tipo de piscinas y puertas de seguridad, además de que todos tienen piedritas a la entrada. En general son portones automáticos. Por la raza de las mascotas también podés pensar que son familias de clase. Me gusta detenerme con la bicicleta y saludar al jardinero, al dueño de casa, cruzar un par de palabritas, cómo anda don. Te preparé la cena, sin una gota de mayonesa. ¿Mamá, me parece a mí o estás un poco entonada? Hablas de corrido, no metiste una pausa desde que llegué. Tomé dos té, eso es todo, después me derrumbé sobre los brotes de menta a meditar y escuchar al gallo, entre paréntesis, el gallo dice algo cuando canta, fijáte mañana. Andá a acostarte mamá. Al fin de cuentas, como a la salida del casino, ¿no te parece repugnante el sexo? No deja meditar, ni durante, ni antes, ni menos después. Y decís que solo fue té. Solo fue té, de canela y manzana verde, tirada sobre los altos brotes de menta y pensaba hija, pensaba, ¿sabes en qué pensaba? en una isla dorada y en alguien sonriéndome sobre el agua, alrededor todo se pudre, veo las colas escamosas de los peces luchar sobre la arena caliente.

PRIMER DÍA HÁBIL SIN TRABAJAR en una década, me quedo adentro del colchón de plumas tomando Coca Cola sin gas. Algo traga mi corazón, algo lo percute. No puedo decir que sea ella que se fue a primera hora con el auto que revienta. Tampoco él, al día siguiente estoy compensada. Y entonces qué. Leo el cielo como rezos bíblicos. Me veo aplastada boca abajo la cara aplanada en la escoria. No tengo hambre, no tengo sueño, no tengo ganas de coger. No tengo frío, no tengo asco, no quiero estar metida en otro cuerpo, y sin embargo, algo traga mi corazón. La vi a mamá maniobrar marcha atrás con el vidrio cubierto de objetos. Deseame suerte, gritó, con el codo afuera, merde, como en bambalinas, y se fue, el caño de escape fuera de regla. El monóxido de carbono haciendo figuras. Trato de no pensar en ella al regreso, el pelo transpirado y revuelto, el rímel corrido, tomar para suavizar el fracaso. Plata, hija, necesitamos plata, dijo antes de dormir. Claro, plata y estar al día y evadir impuestos con gracia, cosa que no sabemos hacer. Y sobornar las denuncias de los vecinos con el morbo del combo madre e hija.

Recibirlos en *baby* dolí, el dedito tosco en el labio inferior, esos eran buenos tiempos. Manga de mujeres inútiles como las viudas que no saben ni firmar un cheque. Quisiera levitar a dos centímetros del suelo. No alcanzar alturas espirituales, felicidades supremas, Olimpos. Perder peso, sentirme deshacer. Una tarde a dos centímetros del suelo. No es odio hacia mí, decir para qué habré nacido, qué fácil, una bala perdida en el oído, una bala en el tobillo, pasar el tiempo con mamá a darnos en las extremidades y aumentar el premio a medida que nos acercamos al pecho y terminar cerca del montículo, el cementerio privado femenino sin masa encefálica. Mamá jugaría gustosa en la sobremesa, cerveza con limón y aceitunas como despedida. Disiparme esta tarde, en eso estaba cuando escuché los primeros gritos de histeria.

TE ESTÁS COMIENDO LAS PALABRAS, no se te entiende nada. Ella abuchea desde el auto. Qué pasó. El auto convertido en depósito, mamá dando alaridos sin soltar el volante. Puede que vengan hasta acá, tenemos que irnos. Dónde, por qué. Logro abrirle la puerta y bajarla. Está despintada y respira con dificultad. Me hizo pasar, una casita precaria pero bien dispuesta, entre las otras más vistosas en la colina. Me hizo pasar, le quise mostrar lo que llevaba y darle precios pero primero insistió en que tomáramos algo. Para qué te metés en líos. Estábamos frente al parque, a la hora en que los chicos salen a jugar y hay gente haciendo ejercicios colgados de barras, esos que te dejan los abdominales marcados. ¡Andá al punto! ¡No me tensiones más! ¡Pero es que no tenés la menor idea de cómo ir al punto! Pero cuando entré y la persiana se cerró, ese tipo antiestético se me abalanzó. Podría jurar que quiso ponerme sobre la mesa. ¿Podrías jurar o jurás? Me lastimó, me intentó sujetar de los pies, pero yo corrí, corrí por su casa buscando una salida, corrí por la parte trasera. Estoy llena de moretones. Te juro que pensé que no iba a poder arrancar, diez veces tuve que meter la llave y tratar de girarla. Definime antiestético. Copiás sin reflexionar lo que escuchás por ahí y nunca das en la tecla. ¿Te estás burlando? ¿Y qué quería ese hombre antiestético? Matarme, pero qué va a querer, ¿sos boluda? Pero por qué. Y qué importa por qué, matarme y punto o tiene que haber un porqué. O hay un porqué para violar en cuatro sobre una tabla, descuartizar, meter a la víctima en una bolsa de consorcio y tirarla a la vera del camino hasta que pase el camión de residuos, realmente te juro que no te entiendo, te crié muy ingenua yo. Te malcrié. Te anticrié. ¿Podés parar de jurar y de inventar palabras? ¿Vendiste algo? Ninguno tenía efectivo. Entremos las cosas, date un largo baño de inmersión con espuma y olvidemos las ventas, ninguna tiene alma de comerciante. Ninguna tiene alma. Hagamos una huerta ecológica. Ah, porque tenemos dotes de jardineras, ya veo todo plantado al revés. Era una buena idea, sigo pensando que bien llevada, es una buena idea, ese tipo tenía un recipiente en su pieza que olía a gato rancio, podés creer, lo que causa la soledad. Entramos las cosas y las ordenamos en silencio. Hacemos pastas con aceite de nuez y cenamos cubiertas de repelente. Mamá fuma mientras absorbe los fideos, el pancito sin morder en la mano como los viejos. Nacemos para masticar rencor, en estos momentos quiero ver llegar el fin del mundo, suspira, quizás ahí esté la clave, que venga el cataclismo y todo vuelva a empezar. ¿Y por qué todo volvería a empezar? ¿Y por qué, no? No, la pregunta es por qué, sí. No, la pregunta

es por qué mierda todo volvería a empezar. Para que no sea todo tan aterrador. ¿Te das cuenta de que ese viejo que se las daba de monje podría haber acabado conmigo de un plumazo?

REPASEMOS TÉCNICAS DE DEFENSA PERSONAL. La vida es una perra alzada pero ofrece lo imposible a veces. Me ofrece una pureza demoníaca. Me ofrece a él. ¿Eh? Y qué corno tiene que ver con nada. Entrás al bosque, hija. Lo amo hasta aullar como una bruta cerdosa. Repasemos. Entro al bosque. Entrás al bosque. Camino tranquila hasta que veo la caravana con el viejo desnudo. Afuera hay ollas y bidones. Afuera hay restos de noches sucias y estrelladas. Y un traje militar. Viejo inmundado. No lo juzguemos todavía. Lo veo desnudo, la piel tostada, varices, carne floja, un viejo. Quizás el último hippie, un pedófilo, un jugador compulsivo. O un fugitivo, un indocumentado. O un abuelo con amnesia que se fue de su jardín a pescar hace una década y nadie lo reclamó, suele pasar. ¿Está erecto? Por ahora no. Paso a su lado, haciendo como que no miro, como que soy una de las que salen a trotar en jogging o contemplo el estanque con la balsa o las hojas que flotan como remos. ¿Se erecta? No, mamá, me mira fijo. ¿Es un inmigrante? ¡No seas racista! Pero no seas imbécil. ¿Y entonces? Se erecta. Sí. Tiene algo filoso en la mano y en la punta de la lengua. Los pinches de la barba sin afeitar. El viento sopla fuerte. No sopla, nos aspira. ¿Y qué hacés? Qué hago. Le das al cuello, un golpe seco ahí donde no puede desarrollar musculatura. Un golpe macizo. O le hundís los ojos. Con los dos pulgares. Bien adentro. O vas a los testículos. Cuello, ojos, testículos. Sí. Y busco rápido una piedra plana para darle. En la sien. Un golpazo en la sien pero que no se dé cuenta de que agarraste la piedra, hay que ser muy veloz. No hay que errarle. Y después corro. Volás para el lado contrario al follaje, no te encerrás en el remolino ni en la caravana vecina, corrés en diagonal al predio buscando la casa de los ovejeros.

ACABO DE SOÑARLO a punto de escapar en un furgón. Encontré la clave. Aleluya. Despertáte. Ya no necesitamos del Apocalipsis, hay algo todavía mejor. Dejé de zamarrear, te voy a matar, mamá. Bueno, bueno, pero levantáte, te hiervo agua, nos unto algo y te cuento. Qué hora es. No hay hora cuando hay iluminación. Pero qué decís, dios, llévensela. Arriba. El tiempo no existe después del sueño. ¿De qué corno hablás? Lo vi en ese camión de carga envuelto en tierra como espirales, iba por un camino montañoso y tornasolado, estoy segura de que se dirigía a nosotras, eso lo sabes sin saberlo, y se alejaba, eso es lo principal, se alejaba de su familia. ¿Tornasolado? No le importaba nada, ni los clientes más gordos, ni su padre, ni la insípida. Les dejaba casa, auto y tierras, ¿no es excepcional? y venía por nosotras, mi yerno. Mamá respira como un pescado fuera del balde. ¿No es descomunal? La habitación atravesada por frecuencias difusas de calor gélido. ¿Estás sana? Lo pregunto bien, de verdad, ahora, ¿podés decir que estás realmente sana? Qué son estas preguntas. Por qué me herís. ¿Querés un certificado de sanidad con tampón del Ministerio? Hace cuánto que te visita. Hace cuánto que se devoran como dos

mugrientos sin detenerse ni un solo segundo a mear o toser. Un año y medio. Y bueno, un año y medio, ya es más que un tiempo prudente. O no viste a esa cobra gigante que se comió al cocodrilo después de cinco horas de lucha intensa. Y bueno, debería haber dado el salto, debería haber venido a buscarte de rodillas. Nada de ramos comprados en la autopista. Nada de collaritos sin etiqueta. Nada de mensajitos de monosílabos. No es un tema tuyo. Pero ahora estamos en una emergencia. Y sí es asunto mío. Todo lo de mi hija es asunto mío. Algún día lo sabrás si tenés una. Encuéntrense, pregúntale cuándo va a dejarla, porque sabés qué pasa, si no es muy fácil, ¿querés que te diga algo? No, por favor, no quiero. Pero te lo digo igual, la pregunta es para darme envián, es demasiado banal. ¿Se la sigue dando a la otra? ¿Con cuánta asiduidad? ¿En qué posiciones? ¿Quién arranca? ¿Siempre en horizontal o innovan? ¿Cuánto dura el acto, en quién piensa él? Porque ese verso de que se la coge sin ganas conmigo, no. La coge, se le para, eyacula y punto. Mecánico o lírico, se le para y eyacula. Y no es justo. Salto sobre ella y la tomo del cuello. Luchamos en la cama entre sábanas y nuestras pieles. No voy a preguntarle eso nunca en la vida. Me querés cagar, querés que me deje, que se harte así somos dos. Y mamá se me tira, me la saco, vuelve. Me voy de la pieza y me siento sobre las hormigas. No soporto este olor depresivo, una olla sin lavar. Y vuelvo a los tumbos y abro la puerta con espejo y sé que mamá está colgando de la cama, para dar más dramatismo. Tiro ropa, tiro cosas en el bolso, lo lleno de medias mal cosidas, de pantuflas, de bombachas. Me cuelgo el bolso y la furia en ayunas me hace latir la frente. Me voy, hace tiempo que debería haberme ido. No oigo respuesta. Me voy. Y cruzo el comedor, increíblemente lo cruzo, el comedor de mamá embarazada todo un invierno, el comedor de mi nacimiento sobre toallas y apósitos, el comedor de mi primer grito sanguinolento al salir del cuero, un rato largo, la cabeza afuera. Cruzo la cocina donde nos consolamos, ahí fue que murió la abuela aplastada y decidimos enterrarla y que se achique el clan. Cruzo el jardín, milagro, cruzar el jardín. Adiós al apetito inagotable de la pubertad frotándome en el pasto, adiós a entregarme a él como lo único que existe. Cruzo el jardín donde una vez corrí hablando en jerigonza. El jardín rojo y negro del drama y los celos el día de mi primer beso. Mamá preguntando si hubo lengua, si parecía bí-fida. Escarbando, ¿pero lengua cómo, en remolino o en aspiradora? ¿Comiste un chicle antes? Pero también las tardes radiantes, tan ciertas como cortarse el dedo con el filo de una hoja. Mamá vaciando mi orinal. Mamá oliendo mi axila, vibrando al probar mi sudor. Paso los árboles torcidos, cada árbol es una época trepadas las tres, trepadas las dos, sacando de las ramitas una a una las frambuesas y las moras incrustadas antes de que se las roben los mirlos de plumaje albino. Cruzo la tranquera como un vaquero bien dotado.

LE DEJO EL AUTO, las llaves puestas y billetes sobre el asiento. Lo suficiente para no morir de inanición por unos cuantos días. Lo suficiente para comer chatarra y tener botellas. O aprovechar las liquidaciones del verano y comprar calzas y mallas de lycra en el supermercado. A ella que tanto le gusta revolver las prendas de temporadas anteriores. Hace calor y todavía no anochece, un poco más sobre el camino largo de la ruta y las rotondas. Cruzo ciclistas encorvados como roedores. Sigo adelante, si no me detengo ni un segundo, si no cruzo a nadie, llego al tren de las

nueve. Sin cena, pero llego y me bajo en alguno de los pueblos o en la terminal. Pienso en él. Varias veces en escribir un mensaje, en llamar. Pero tiene que hacerlo, le toca. Me doy ánimo mirando las pancartas luminosas de los restaurantes de carne americanos y las familias enteras frente a los beasteak de búfalo. Llego justo a la estación, sin tiempo de sacar el pasaje, subo, sale, ya estoy sentada y la tierra pasa. No tengo noticias. Pienso en él. Intento variar mi tendencia mental, torcerla, qué estará haciendo mamá, si estará en casa o en el bosque, si aún tiene vida, pero solo pienso en él. Ya pasó el primer pueblo y no bajé. Un joven del asiento de adelante me mira y me pregunta algo. Tardo en responder y el joven ya no me mira. El guardia recorre el andén, le sonrío y le cruzo las piernas. Funciona. Gracias, mami. Ningún pueblo me convence, ninguna casa, ningún color y bajo en la terminal. No sé dónde puedo encontrar algo abierto, ni si hay algún hotel, tengo hambre, estoy incomunicada, pero solo pienso en él. Nunca, ahora me doy cuenta leyendo el cartel, nunca estuve en esta ciudad ni en ninguna otra que no sean visitas médicas, consultas, descargas. Nunca estuve en una ciudad y volví despierta. Pero retorno. Me atrapa. Creo que seguiría pensando en él, si ahora mismo alguien fuera atacado a palazos. Me siento en la vereda y le mando un mensaje; estoy sola en una ciudad desconocida, me fui de casa, te necesito. La mochila en la espalda camino por la calle principal en contra de los autos. Beatitud. Viento leve, una sinfonía. Descanso sobre un canal. Ceno en una pizzería cubierta de rosas frente a un cine. Y viendo el agua debajo del arca, en ese exacto cielo no pienso en él.

PERO AL TERMINAR, a golpe de hacha mi trepanación craneana vuelve. No escribió, no llamó, no apareció. Dónde está. Qué hace. Con quién. Pago la cuenta pero ni siquiera miro la cara del mozo. ¿Tiene cara? Veo que me auscultan y recetan lo más potente y me duermo todo el tren de regreso, el perfil cuadrillé sobre su falda babeada. La sala de espera es calurosa, los nenes comen caramelos de pera y tienen asma, ella se abanica con la mano. Ella siempre explica mis síntomas, los suyos, el médico ordena, yo abro la boca. Las dos tomando un chocolate caliente a la salida o en la calesita, para festejar. Durante un tiempo indeterminado no busco hotel pero tampoco estoy en ningún lado. Camino viendo las vidrieras, imprentas, negocios de reparación, tintorerías. Toda una vida encerrada en la oscuridad de un local, el llavero de hierro, el tablero de luces, la escalera que va al depósito. El bañito. Los productos de limpieza y lustrar la estantería. Toda una vida, el horario de ingreso, el ruido de la cortina subiendo, bajando, la campanita cuando entra y sale un cliente. Los probadores, la calle de humo sobre el final. Salir a dar unas pitadas cuando el dueño se va al banco. Estoy ahí adentro y tengo muchos kilos de más, el corpiño me aprieta. Llevo mi almuerzo envuelto, tomo *Coca* sobre el mostrador y tengo sueños calientes sobre la hierba. Frente a la señora en el lobby no sé qué decir. Ella espera. ¿Cuántas personas? ¿Cuántas noches? El empapelado de flores verde como espinas puntiagudas, como agujas de tejer, me recuerda a mamá. A la rocó de mamá. A la mañana desabrida marcada en el almanaque de la cocina con una cruz para sacarse al desconocido de adentro. A la noche en que tiraron los dados con la abuela y salió que mejor sería ser tres en la casa y evitar una muerte prematura y sospechosa y entonces brindaron afuera con vasitos de vodka y después encendieron

los cirios y anduvieron como sombras por la casa. Al momento en que empezó a gotear de finito a grueso hasta que fue aguacero y la abuela la acostó y salió el fantasma.

¿NO SERÁ UNA DE ESAS LESBIANAS?, preguntó la abuela con la boca para abajo cuando a los quince seguía sin novio y sin candidato a la vista. Y mamá me miró de tal manera que mejor ni pensarlo. Me apoyo en la baranda hacia la calle desierta a excepción de un restaurante asiático en el que no entró ni salió nadie durante varias horas. Me pregunto si están todos muertos dentro de las peceras, si fue una carnicería por un ajuste de cuentas. Espero ver el rojo deslizarse por debajo de la ranura como una arteria. El teléfono está vacío. Lo veo con la otra en el inodoro. Pienso tanto en él que ya no tengo aire para evocarlo. Una vorágine de rencor crece en mí a medida que amanece. Y entonces veo el aura de papá. Qué es papá. Nunca dije así. Veo que es un chico altísimo y rubio que se la pasa viendo dónde meterla. El día empieza como ayer, como, bebo y duermo poco. Un perro muerde las gomas de los autos. Algunas alarmas esparcen pájaros. Los pajarracos suenan, se cruzan, descienden, se atacan, se desplazan entre el cielo, sobre los techos y las vigas. Para qué. Qué pájaro es cuál, cómo saber si cae en picada uno o es otro. El sol de media mañana me irrita los ojos. La sangre caliente, la mandíbula del perro destrozando los neumáticos, este colchón, papá cazando salmones o vendiendo motores de barcos, papá vestido de cuero, fumando en la puerta de los cines de las películas románticas a la espera de alguna mujer, todo puede ser verdad. Lo único que lo saca de la cama es entrar en alguien. Papá con mamá chocando una cerveza de malta helada a la hora de haberse conocido. Y luego otra, otra, otra y vaciar la heladera de la abuela que espía. Papá mostrando los testículos subido al brazo de un tractor, papá con olor a colonia para pibes, mamá embobada con el platinado de ese desadaptado social de un metro noventa que la lleva a decapitar cobras. Y después, la misma chaqueta y los mismos zapatos varios días seguidos y eso a mamá le fascina, su olor concentrado. Y terminan dándose por el culo sobre el sofá.

UNA DE LAS TRES SIEMPRE MIRA HACER A LA OTRA. La abuela a mamá con ese indigente del norte, mamá a mí con el morocho de anillo de plata, yo a las dos, por separado, cada una en un cuarto y la niña deambulando por la casa con la caja de cereales de chocolate. La niña tratando de alcanzar los cuchillos en puntas de pie. Después, se dan con el duchador, airean abriendo ventanas y cobertizos, tiran rápido la ropa interior en un balde. Y se huelen los dedos adentro de las uñas y me besan eufóricas con el pucho encendido. Y se cuentan de todo, en susurros los detalles escabrosos. Me gustaba entrar en sus piezas a inspeccionar, saltar en sus colchones movedizos, descubrir lo que olvidaban debajo de la cama. Camino por esta ciudad de juncos, de palmeras y raíces que cortan las calles y los patios. Ya pasé todo un día sin escuchar a ninguno de los dos y la impresión es de nubes calientes detenidas en el aire. Haber inventado que tenía una madre que usaba vestidos con fajas en la cintura, una madre adicta al lujo de los

casinos de la costa, inventar que había un cowboy que venía a violarme al filo de la autopista y me devoraba hasta hacerme perder pie. La copa de la arboleda se mueve y es esa duna de caracolas marinas con una lona rasposa compartida por la abuela, mami y la niña. Un trío de trastes colorados sobre las almejas. Tres espaldas rollizas con crema protectora. Tres vaginas arenosas al final del día. Por fin doy con una taberna. Puede que el jamón o las langostas expuestas en la vitrina no estén en buen estado, pero igual pido eso, me siento en una mesa oscura, el cenicero rebalsa. Sigo confundida mientras lastro el menú, el mozo me mira con interés. Me confunde el recorrido del sol, esa sombra, en esa taberna, en esta ciudad. El teléfono suena. Por acto reflejo aprieto el botón con la boca llena de grasa.

ESCUPIR ENSEGUIDA en el cordón de la vereda la langosta cayendo, patita por patita, al callejón. Dar saltos rosas hasta el baño del hotel y cepillarme los dientes y la lengua. Pegarme un baño, meterme el jabón, estirarme el pelo, volverme voluptuosa, subirme a los tacos y recibirlo perfumada en la puerta del cine. Y sucumbir al amor. Quedarme atrapada en sus manos, quedarme en su aire idiota, tan profundamente idiota que no puedo seguir los subtítulos de la película. Que no logro decodificar ninguna ironía. Qué era la ironía. Qué era decodificar. Yo habito este patio interno de retrasados que hacen artesanías y ríen unos montados en otros. Cachito montó a la burra, a la burra me la monto yo. Yo soy la de la foto del hospital con el de blanco sujetándome, allá lejos están los familiares que nos visitan. Yo soy una granjera de crios alrededor del rancho. En la vasija flotan anima-litos. Eso dura, la luminosa fragilidad, dura, mientras él se queda y caminamos, descubrimos la ciudad, comemos y nos enrollamos desnudos. Eso existe mientras la penetración es un claro de luna y el resto es mugre. Y no entiendo pero la sucesión hace que concluya y estamos los dos sentados en su auto cerca de la estación y algo me dice que empaña los vidrios. Algo dice pero yo tengo apretada la tecla y no oigo nada. Me besa, pero necesita hablar. Lo beso, pero me pide que lo deje hablar. Que es urgente. Siento que se me cae el pelo mientras oigo que su mujer está en la fase final de un embarazo.

¿Y SI SOY HUÉRFANA POR SU CULPA? ¿Y si está sobre la abuela con una cruz de madera y una nota? Y si la casa ya no existe, y hay un barranco y zorros bebiendo. El tren de regreso cruza Siberia en invierno. Mi cabeza es calva. Tengo esta manía de embrutecerme. Bajo corriendo del tren pero la rodilla me falla y caigo. Odio es poco. Que me las va a pagar, es poco. Su mujer pierde el bebé, la sala de estar manchada de secreción. Lástima y a limpiar con pañitos de cocina. O llega al noveno mes, y el día tan esperado sale el morochito con nombre y cuna preparada, con cartelito decorado, pero muerto. Es un detalle. O las ecografías dan bien, el aparato nervioso aún está en formación, todo normal, el piecito, la translucencia nugal, los movimientos fetales involuntarios, el líquido amniótico es precioso, el cuello del útero, divino, pero al salir, es siamés y está pegado a un perro. O, nace sano, el llanto del acto animal y ponerlo sobre las tetas cagado,

la vuelta los tres al cálido hogar con el bolso esterilizado, peines para pieles escamosas, faja posparto, el aspirador para nariz más el arsenal inútil y el *acetaminofen*. Pero, mientras duermen, ella lo aplasta, suele pasar señora dice el enfermero. Autopsia en la capital y a enterrarlo en la parte infantil. A mirar de reajo las tumbas de los infantes y a exprimirse la leche. Y el duelo con sus etapas, no hay etapas sino detonarse en campo abierto y salpicar las visceras. Cerdo. Infecta. Degenerados. Cómo pudo penetrarla, eyacular. Mamá lo había dicho. Mamá algo de esto sabe. Mamá predice. Dice que fue mecánico, que es como comer sin hambre, que se puede comer haciendo arcadas. Ahí llego. Sigue teniendo aspecto de casa. Siguen habiendo ventanas y paredes y la chimenea. No veo flamas alcanzando los troncos más altos. No está el camión de los bomberos con la escalera desplegada sobre los aleros, ni se la llevan en camilla.

ENTRO TEMBLANDO, a primera vista todo está en orden. Pero a medida que avanzo, los detalles. El gas entreabierto, repasadores tirados por debajo de la puerta, las ventanas trabadas con cerrojo, la canilla del baño goteando. Un fino olorcillo puerco desde la heladera. Ningún objeto de mamá. Ningún accesorio. Estoy metida en las cataratas y no oigo nada, no logro ver a través del flujo violento. Nadie en el comedor, nadie en el pasillo, nadie en su habitación, nadie en la mía, mi cama hecha, nadie en el sótano entre botellas abiertas, nadie en la terraza ni colgada de las vigas. Listo, soy huérfana, y me veo delante del nicho de mis progenitores, liberada, una guacha con poder, una histérica felicidad. Soy huérfana, como decir, soy una mujer casada, como decir, tengo hambre. Salir a los tumbos, oler todo por primera vez, empezar a nacer de nuevo. Camino derecho en el predio crecido y dejo atrás la casa deshabitada. Camino buscándola por tierra y por aire, mirando hacia el cielo por si se colgó de un paracaídas, del ala de un avión de guerra, desnuda flamea en las ramas. Camino siguiendo el instinto materno que no hay. Me hago. Vivir sin ella. Pasar a la velocidad superior del pánico. Pero tiene que poder sentirme, la manada que se lame después de la cacería. Vivir sin ella los minutos previos a pegarme un tiro. Cómo será arrastrarse hasta la repisa de mármol. Cómo será hasta dar con el cajoncito, las balas, el estuche. Cómo será armar la muerte. A lo lejos galerías de piedra y colinas rojas. Y el estado inerte de los charcos.

SI FUÉRAMOS VISTAS DESDE ARRIBA por un aviador, se tumbaría, se dejaría caer en picada hacia el tumulto verde. El corazón a martillazos, a estocadas, los brazos espásticos, avanzo toda quebrada. Y es como manejar en un campo de rapiñas y acelerar el motor hasta incendiarse en remolinos. Vago en el espacio pero bien agarrada al suelo siento sus vibraciones y sus impurezas. Caigo a sus pies. Las patas de la bestia. Perdón mamá. Perdón por la traición. Sí, fue eso mismo, dice y muy grave. Ya sé. Perdón mamita. Mirándonos somos dos abejas detenidas como objetos. No sé si podré perdonar.

LO REAL DE LA PASIÓN, HIJA MÍA, es su imposibilidad. Ay, no, ya sé mamá todo eso. Shhh. Digo que si fuera posible, no sería posible, eso es algo que aprendí el día que subiendo al capot con una mochilita en la espalda le dije a mi rubio alto, me voy con vos, soy tu posesión, quiero morir en tus brazos, y nunca más lo volví a ver. O sea, quiero decir, que es posible, porque es imposible. Pero ya lo sé. Shhh. Sabiendo esto de memoria, que es el sufrimiento de la imposibilidad de una pasión, lo que la vuelve pasional, seguimos luchando por volverla posible. ¿Por qué mierda? Ahora sí, te dejo hablar. Shhh. Porque así somos las mujeres, seres endemoniados y testarudos. Así somos de huecas. No queremos sufrir, odiamos sufrir, tenemos terror al corazón latiendo en todo el cuerpo y al asma cuando nos anuncie que ya no está enamorado, que no se acostumbra a nuestro olor, o cualquiera de esas estupideces, pero si no sufrimos no hay pasión, sufriendo, volvemos posible lo imposible, la pasión misma. En los pocos momentos en que el sufrimiento, el temor a perderlo, a que sea de otra, desaparece, esto lo sé bien porque hubo días, escuchá bien, hubo días, los únicos en toda mi imbécil vida, en que el rubio me traía regalos fabricados por él, cajitas de fósforos, gusanos pintados, ramas con formas, en esos días me besaba pesadamente y parecía que su lengua fangosa se quedaría pegada a mí hasta gastarme. Entonces, esos días no sufrí para nada, tardes enteras sin sufrir al borde del lago, pero tampoco gocé. Enamorarse es la gran condenación. Enamorarse es el diluvio con un refugio electrificado. No sé si me entendés. No sé si estoy siendo clara, ahora tenés edad. Yo siempre me decía, esperá a que deje los pañales, esperá a que hable de corrido, esperá a que menstrúe, a su primera vez para decírselo y nunca pude. Enamorarse es ponerse delante de la cobra de dos metros. No pude instruirte a tiempo, te pido mil perdones. Me lo enseñaste, mamá. Fallé en todo, empecé tu infancia al revés. Debería haberte educado correctamente, no dejarte meter la mano en el caparazón y arrancar la babosa. Pero no, si con verte me bastaba para entender. La escucho tumbada sobre el musgo, una fina capa vegetal me cubre como arenilla. Estoy echada como un mamífero con las orejas lanudas sobre los ojos. Estoy tapizada, forrada, y entre nosotras corre un acantilado y el agua trepa y resbala.

PLANEA TODA LA TARDE LA VENGANZA. Toda la tarde. Malparido. Cobarde. Hijo de miles de perras. ¿Hijo de miles de perras, mamá? Bueno, hijo de puta. Y tirando del pico en el basural, una a una las botellas vacías consumidas en mi ausencia, vi que nacemos por error. Una tarde echados en cualquier posición, por torpeza, por vicio, después de un empacho. El enfermero tentado sobre la paciente con un ACV. Que nacemos por debilidad, hijos que se engendran como un hecho en los huecos o temprano a la mañana, sin mirarse a la cara, alguien al que se le escapa, como mamá ahora triturando botellas con las manos pegajosas. A cada tiro de gracia susurra el plan para sí, la posibilidad de que nos quitemos de encima toda esta mierda, de que nos haga zafar tirándonos de su pija como una máquina excavadora extrae del fondo una familia enterrada por un huracán. Y después, quedate quieta hija, que tenés un insecto pegado en

el párpado. Tengo esta locura mamá, de arrancarme los ojos y el corazón cuando el deseo me hace perder la cabeza y la conciencia. Calláte barroca. No seas chancha querés. ¿Te llamó, al menos? ¿Te consoló? ¿Te dijo te amo? Ni siquiera. Y vos gimoteando de arrancar no sé qué cosa y de la conciencia. No te preocupes, lo va a perder, no llega a los nueve meses, no soy arpía pero algo de esto sé. ¡Es exactamente lo que pensé yo! ¡Que se le cae por entre las gambas, que nace muerto! Y festejamos la coincidencia bailando un lindo vals, pegando patadas a la cabeza del nonato. ¿Te preguntó si querés uno? Pisando los treinta es algo normal. ¿No te propuso dártelo? Un segundo darte su esperma en agradecimiento al menos, como ofrenda. Bueno, no empieces otra vez, no pongas los ojos como frutillas, vamos a distraernos preparando todo paso a paso, será como ver el desplazamiento de los glaciares en vivo y en directo, un espectáculo mayor, basta de tanta vaca estúpida en el horizonte. Para eso necesito que colabores. Andá a lavarte y volvé fresca. Ni se te ocurra tocar el teléfono, yo te voy a decir cuándo es el momento indicado para enviarle el primer mensajito. Hay que hacerlos esperar para que reaccionen. ¡Andando! y me dio una buena patada en el culo. Una avalancha pesada y luminosa derrumba todo lo que hay en mí, mamá. Qué cosa puede ser trascendente después de haber levitado, cómo puede alguien querer vivir lo que sea. Andá de una buena vez te digo, no hables tanto que te confundís vos misma con tus propias palabras. Dar hachazos refulgentes a las plantas venenosas de tallos huecos y ramosos. No alcanza. Pegar la nariz al humus del suelo, a los restos de pulsiones salvajes de los venados. Qué voy a hacer mamá. ¡Ir al baño ya! ¿Sos sorda? Traspasar un cuerpo y volver sobre un temporal, echado sobre el hombro el fardo caliente.

NO TENGAS MIEDO, no tengas miedo, miedo de qué tenés ahora, urgente electroshock para una. Él no asoma la cabeza porque está en capilla, espera tu señal, él es el que debería tener miedo de tu reacción, tenés todas las de ganar, dale. Y encima la otra con el bombo, ahora sí que no la toca ni con un alambre. Un palo, mamá. Bueno, palo, alambre, llamálo ya. No me vuelvas loca, no me adoctrines, andáte lejos. No te adoctrino, te educó, y necesito escuchar, necesito darte ideas, te voy haciendo gestos. No necesito ideas, andáte o no llamo. Y me voy por la ruta, mamá juega al solitario sobre la mesa con manchas de café. La veo mezclando el mazo, mojando la punta del naipe, haciendo trampa. Camino con el teléfono quemándome. Camino tanto que paso dos villajes desiertos y rodeo el cementerio, la muralla que deja ver los nichos y los recipientes con agua picante. No llamo todavía, doy la vuelta, los negocios de mármoles, granitos, sus pulidos y abrigados de suelos y tumbas. Servicios de limpieza y elementos decorativos para tumbas. Pronto a cremar a todo el mundo. El cielo parece más separado de la tierra. Busco sus mensajes pero está vacío, ella borró todo. Entro y paso la barrera. Cuatro jóvenes llevan un cajón, hace calor y las manos transpiradas los obligan a parar. No parecen pensar. Como si estuvieran en una senda en la montaña y gozaran del panorama con binoculares. Después irán al almuerzo familiar y cada minuto los hará olvidar que vienen de enterrar un cuerpo. Que ese cuerpo se movía. Apoyan el cajón a la sombra de un álamo. Llamo. Pierdo noción de las indicaciones maternas. En qué consistía exactamente la extorsión. Cuánto era lo que había que pedir. Imaginarlo acá, imaginar que llevo su peso, que debo descansar para poder

llevarlo. Atiende. No puedo hablar, pero me reconoce. Esperaba mi llamado, esperaba saber si estoy bien, estaba preocupado. No lanza ninguna palabra de amor y la fiebre sube y de pronto muevo los labios morados y soy ella. Necesito verte, aunque sea para despedirnos. Necesito poder hacer real esta separación. Él dice entender. Claro, agrega, entiendo. Esa voz del no poseído. Asco. Aversión a esa vida a punto de parir. Haberme agarrotado hasta la náusea, haber sido un tiburón liso y ahora la musiquita de lo acostumbrado mientras las empleadas limpian nuestras habitaciones de hotel. Los acolchados con resaca sacudidos en la ventana. Las me-sitas de luz vacías. La aspiradora sobre la alfombra. Y la otra ordinaria que se lo apoderó. Ganas de sepultarlo. Ganas de desmembrarlo. Pero no dice un día, no dice un lugar, no dice una hora. Soy una virgen que vive con su madre en una caravana y en invierno se frotan como dos cetáceos. Soy esa que come hígado de pato con las manos y las uñas rotas. Esa que se ríe y salta en el vendaval de la mano. La concha cerrada hasta la vejez. Y cuando una mañana de nieve encuentra a la madre acostada con la boca abierta y un insecto dentro, se tira encima y la besa. Y se traga el insecto como a un hielito. Los jóvenes parten del cementerio. Mañana, suelto. Me humillo. Y necesito ayuda para pagar varios gastos, sabes, me echaron injustamente del trabajo después de diez años, eso es por discriminación, les voy a hacer un flor de juicio y lo voy a ganar, y me voy a comprar una lancha y voy a recorrer todas las islas, ajá. Pero para eso tengo que pagar un abogado y claro, dice comprender la situación, por discriminación de qué. Ni le aclaro. Que cuánto necesito. Que va a conseguirlo, que se lo devolveré cuando pueda, que él conoce un muy buen abogado y contador. Qué no hace un hombre por sacarse de encima a una mujer. Ese lastre. Todo tan obvio. Poder ser razonable y modular. Dar una cita para dentro de diez días, anotarlo en la agenda, sin perder el equilibrio. Vendrá a verme, pero eso sí, deberá partir temprano porque tienen un turno que no pueden cancelar a... y corto, lógicamente, ya me habla en plural.

ESA ANSIEDAD EN LOS DEDOS QUE LOS TUERCE. El lugar del encuentro es el mismo, bajo el puente entre grafitis anarquistas y teléfonos de putas. No hay definición, no es espera. Es la nada hasta la aparición. Un día de letargo en la lactancia. Mamá encerrada en casa rezando de rodillas en las baldosas. Mamá todavía esperando que el otro, entre. El otro que la dejaba en llamas y ella se daba la cara contra las ramas. El otro que se la sacaba justo cuando estaba a punto y se le reía, pucho en labio. Mamá repasando la secuencia y entrando al armario. Mamá la última verificación al filo. La primera vez que dirige algo, que algo la entusiasma. Ahí viene, no apaga el motor y se me tira encima sobre la calzada, no me chupa, hace el gesto del automovilista en doble fila. Y subo y obedezco y el besito jugoso viene después de los gestos automáticos. Cómo estás, cómo está tu madre, cómo pasaste estos días. Te traje el dinero en efectivo, podés contarlo, me lo devolvés cuando puedas, sin hacerte drama. Pura basura. No contesto. Hace calor, dice. Por fin un día del verdadero verano de piletas hasta medianoche y almuerzos en la parrilla al aire libre. La ciudad está colap-sada por el uso de aires acondicionados, ¿acá, no? En la ciudad no aguantarías este calor. Tomo el fajo y lo meto en mi cartera sin mirarlo. Necesito que vengas a casa a ayudarme, no tengo a nadie, es terrible. Qué pasa. Es terrible, no es posible dos mujeres viviendo así, y mamá se fue, no tengo a nadie. Qué

pasa, no me asustes. Una plaga, por toda la casa, pero sobre todo en la cocina. ¿De hormigas?, de esos inmundos roedorcitos blancos. Qué asco, pero yo qué puedo hacer, sé menos que vos de todo eso. Ayudáme, es lo último que podés hacer por mí. ¿No tenés vecinos, los bomberos? Mis vecinos se están muriendo. Los bomberos ya no vienen desde que mamá los llamó treinta noches seguidas con excusas diferentes, ni me hagas hablar, gatitos en el tejado, incendio en el termostato, bebé que llora desde un baúl. Es su deber acudir, es un servicio a la patria. Mamá los acosa, no es su deber dejarse acosar. Prefería ir a otro lado, lo sabés, me siento más relajado en un espacio neutro, y siguió hablando pero me le tiré y le mordí la parte interna de la oreja. Y el auto solo da marcha atrás, la rueda en la canaleta y gira. Lo hacemos rápido, sin mirar, vos levantás y yo tiro, tengo guantes de látex. Hay que apurarse porque van a entrar en la heladera y ahí es el final, van a acabar con nuestras reservas. Nunca me puse guantes de látex. Será mejor que ver colgar el líquido de los bebés entre tus manos. Qué asco. No puedo, no soy capaz. Y lo miro y lo beso, capturada por esa felicidad que nace de nada, en un intervalo cualquiera, antes de irse porque sí. Espero que me entiendas, dice, estoy acá pero... claro, claro. Ella ya es vieja para ser madre, no podía privarla de esto, no después de tantos años de concubinato, hubiera sido como enterrarla viva, claro, sin duda, entiendo. Si la dejaba ahora no podría conseguir a otro, ya es tarde hasta para que congele óvulos. Sus óvulos están desgastados y lo mínimo que puedo hacer si no la deseo, es darle... discúlpame que te interrumpa, dejá el auto adentro por favor. Prefiero afuera, no, adentro es mejor, sino los chicos pueden rayártelo con destornilladores o pistolas de agua, no están acostumbrados a un modelo tan nuevo. Te decía que uno tiene una obligación moral para con su pareja de tantos años, no la puedo tirar como a una cosa, no es un juguete, aunque ya no hay deseo, tampoco asco... discúlpame que te vuelva a interrumpir, ¿tiene techo corredizo? Eso es justamente lo que hizo la diferencia con los otros que vimos, nos enloqueció a los dos el techo transparente. Seguro darán paseos magníficos por la costa marítima, al filo de la rompiente, el chiquito como un conito de helado con la mitad del cuerpo afuera. ¿Entonces, me entendés? ¿Podés ponerte en mi lugar? Vení, vení y tapate la nariz con esto, que apesta.

ENTRA MIRANDO CADA PASO QUE DA, las piedritas triturándose. Qué pasa. No te gusta la decoración austera de mi casa. No te gusta nuestra estética campestre femenina. No, no es eso, me siento raro, nunca estuvimos juntos acá. Es una broma, a mí me parece todo de lo más repugnante, pronto me mudo lejos y vas a ver cómo me decoro mi casa. ¿Ah, sí? ¿A la ciudad? Tengo proyectos. Avisame y te ayudo a encontrar trabajo. Mamá no viene, no te preocupes, no voy a hacer la presentación oficial hoy. Pasá, pasá. Sacate los zapatos a la entrada, dejálos apilados con los otros. Se los saca, pasa al baño, me doy cuenta de que piensa frente al lavabo con el agua abierta. Cada gotita es una trampa. Pienso yo también en un plan B por si se va al trote por la ventana. La casa está equipada, hay alambres, redes, palas, incluso un viejo tractor. Lo espero pegada a la puerta, le salto encima. ¿Y la familia de ratitas blancas?, ¿y los guantes de látex? Lo guío por el pasillo y lo desplomo en mi cama.

LE MUESTRO MI VIENTRE PLANO, quiero que acabe ahí. Se están pudriendo detrás de la despensa, espero a que termine de morir toda la familia y vamos. Y comienza la función, lamidas, agarradas, movimientos. Pero todo es tirante, frío, acongojado. Pero todo es ese empapelado de flores con espinas. Trato de inyectar pasión, hacemos el amor una vez. Y dos. Está cansado, le duele la ciática. Qué mierda es la ciática. Toma pastillas antidolor. Te traigo un vaso de agua con menta, la clorofila te va a hacer bien. Cuando el agobio del mundo entra en la pieza, antes fantástica. Lo dejo semi erecto en el colchón. Salgo desnuda. Mamá espía por la ranura del armario, lo entreabro. ¿Estuvo bien? pregunta. ¿Te dejo uno más o vamos ahora? ¿Te dio besos de lengua? Aprovechá. ¿Llegaste a...? Mamá, sos inmunda. Al menos que te dé un orgasmo, el muy turro. ¿Pero qué decís? Muy bueno lo de las ratitas, ya estaba corriendo a encontrar alguna. La casa está en silencio. Nada indica que hay un hombre en pelotas en el antro femenino, también él, venir a meterse acá. Si pudiera quedarse así diez años, intacto, perenne en mi cuarto, acostado, entonces todo sería bello y pacífico y yo lo dejaría con gusto ir a criar a sus nacidos. Llevarlos a los descampados a buscar piñas, hervir cangrejos, saltar por los arroyos sin cauce. Su teléfono suena y nosotras pegamos un salto. Tapate, ¿querés? tus tetas me distraen, cómo te crecieron los pezones, están morados, dios, más grandes que los de la abuela, de dónde saliste. Y qué gama oscura tienen, parecés adoptada. ¿Soy adoptada? Sos imbécil. Vos adoptada, ¿no ves que somos una sola gota de agua? Dos, mamá. Me da su blusa. Nos acercamos a la puerta en puntas de pie, dos bailarinas con tutu totalmente perdidas en el escenario. Algo susurra, palabras de ternura y paternalismo. Pía pía pía se dice la parejita. Estás celosa, hija, eso fue lo que no nos dejó existir. No estoy celosa. Estás celosa, yo también celosa de él, celosa de las otras sin hijos, celosa de una corriente de aire, celosa del mundo. Como las vacas después de parir me cuelga todavía un hilo esponjoso que dejo por toda la casa. Me pongo una bombacha y oigo que me llama, que una primera vez dice mi nombre y luego lo grita. Es ahora, dice mamá, algo teme. ¿Te trajo la plata? Shhh, qué importa eso. Y debe tener tarjetas de crédito y débito, también. Y en una de esas, cheques, bonos. ¿Sabés falsificar su firma? Hací que te firme algo. ¿Querés que le pida sus claves secretas, también? Sacalo que voy por el otro lado, yo agarro todo, vos solo llévalo. No tardes, no te quedes baboseándote. Dale un corte. Un poquito más y voy. Vas a echar todo a perder por la puntita y va a ser de la otra. Gusto de la otra. Ojos de la otra. Un poquito más. Y entro con el vaso de agua y la hoja de menta.

¿POR QUÉ TE VESTÍS? Es medio tarde, si querés te ayudo y después vamos a tomar un trago al barcito del río. Acá te estoy dando de tomar. Pero necesito cambiar de aire. Vamos al jardín entonces. Como quieras, en general te gusta ver pasar los barcos y las lanchas, distinguir los motores. Sí, eso era antes. Seguí enojada. No. Decepcionada. No. El hecho de que tenga un hijo con ella no quiere decir que... entiendo. No podía negarle la posibilidad, ella nació para eso, para ser madre, no como vos. Y yo cómo soy. Vos sos divina. Vos resplandeces. Vos sos otra clase, no sos madre. Ella es madre desde la cuna. De verdad, tener un hijo no es nada más que eso,

sábelo. Acababa de escuchar la declaración de amor más hermosa de mi vida, tener un hijo no es nada. Y me besó, como un aturdimiento, por primera vez él a mí, y fuimos otra vez dos astros en el espacio. Y casi se me olvida que me espera mamá al lado del gallinero con todos los utensilios listos. Y pienso, qué tonta, él tomó el vaso y no puse nada para dormirlo, no vimos demasiadas películas con mamá. Va a tener que ser feroz, va a tener que hincar en la piel dura. Las bocas con menta, y otra vez lo beso, y otra vez.

LE MUESTRO DONDE JUGABA DE NINA, paseamos y me da la mano, mamá debe creer que alucina. Y entramos a la gruta donde me escondía de chica para no tener que ver a los viejos castrar a los animales o colgarlos de las pezuñas. Le muestro la guarida desde donde espiaba cuando en invierno bajaban los cadáveres en trineo. Mi trinchera donde armaba y lanzaba granadas. Él se interesa en mi pasado, en ese hoyo inmundo sin papá, inspecciona los árboles que trepaba como un científico con lentes de aumento. Por un segundo todo al revés, la hoja metálica partiendo la fina columna vertebral de mamá. Y luego él y yo cenando a la luz de las velas, teniendo hijos que se hamacan muy alto, fumando y soplando humo hacia las estrellas. La miro hacer señas desesperadas desde allá arriba. Un cacareo llama su atención y él se dirige solo, sin que yo tenga que decirle la estúpida cosa de que quiero mostrarle la huerta. Camina, sus piernas largas marcando mi hierba. Camina y se aleja de mi niñez. Después voy a besar la tierra y pasaré mis jornadas tirada sobre sus pasos, loca de amor. Mamá sigue subida a un banco de piedra tras la enredadera, él de espaldas. El toldo nos tapa, las puertas linderas, la copa de la arboleda que oscila. Yo en el centro. El gesto psicótico del brazo en alto, el codo en punta. El peso del machete como el de una criatura al que hay que proteger de una caída. Mamá se desorbita. No puedo darle el visto bueno, no puedo asentir, no puedo levantar la mano en señal. Y ella se manda sola, salta del banco con energía y da un primer golpe con la cuchilla en la nuca. Y lo tira. Ahí mismo me busca, todavía puedo salvarlo, volverlo mi marido, el patrón de la finca con el manojito de llaves y el rifle, todavía puedo ensayar ser una buena huérfana. El sexo es un asco, ya empieza a toser agua y sangre, ya tiene la cabeza al revés. Mamá se le sube encima, vení, mierda, vení, hacé algo vos, me gruñe. Es momento de actuar y no puedo dar ni un paso. No me sale, mamá, visto un guardapolvo azul a pintitas y no puedo entrar a la clase. No me sale decir mi nombre. Vení acá mierda, y me lo da por el mango, me pesa. Levanto el machete con todo mi amor, con todo mi corazón, también moribundo. El oxidado machete contra el cielo nuboso se clava una vez en su estómago, otra vez, dice, y lo levanto y lo descargo pesado en su pecho, otra vez, dice, y lo levanto y lo incrusto en su cuello, ya está bien, ya basta, no te ensañes, res-pirá hondo, ahora largálo, afloja. A mi lado una piedra plana, quiero echársela encima, borrar su cara. Ya está bien, dice, ya podés descansar.

QUÉ COSA ES ESO, no quiero ser poco elegante pero esa cosa es un pepino agrio, una horrible belleza. A ver, sí, está raro, una fruta fuera de estación, una verdura al sol. Nunca te dije nada, pero ahora que veo su pija pienso que ahí está todo. Alguien me mira con apetito, hay sol también, tengo zapatos de charol lustrados con hebillitas, tengo flequillo sobre los ojos, abierto por el remolino, tengo pollera a cuadros de tabletas y estoy disfrazada. ¿Quién te mira, hija? Algo por fuera me observa durante todo el festejo y después, mientras las cosas caen, vasitos, platitos de porcelana. Mirá, el pepino se calcina, se achicharra, es un zapallito o una brótola, qué divertido. Interesante efecto, pareciera que es lo primero que se va. ¿Un tío, un vecino, algún amigo de la abuela? Hay algo que me tiraba, se sentía en la panza pero vos no te dabas ni cuenta, me mandabas igual a jugar a los asientos traseros del auto. ¿Alguien desearía algo tanto como para destruirlo? Tengo esta manía de preguntar sabiendo la respuesta. Preguntar como quien saca piojos a un chico, y sigue y sigue aunque no hay más y el chico grita bañado en vinagre, la cabeza vacía. Preguntar sabiendo y clavando la uña en el cuero cabelludo. Las primeras veces que te vi en mi vida, recién salidita, muy pulcra estabas, dorada de ojos verde marciano a cierta hora. Me paraban las enfermeras cuando fui a hacerme ver en el hospital para felicitarme, las anestesisistas, las empleadas, yo te destapaba un poco más para que vean qué bien confeccionada estabas, qué armónica saliste, yo estaba tan engréida, pero a la vez, era extraño, como si no fueras mía, un número de menos o de más y es llamado equivocado. Cuando me alejaba unos kilómetros del pueblo con el cochecito, las dos tan solas e indefensas en la ruta nevada, te hubiera dejado. O en una playa, eso pensaba, con la crecida, para que avanzaras hacia los rayos eléctricos, si me hubieran prometido que él volvería. Como una transacción rápida en una frontera vigilada. Te doy, me das, nos alejamos. Como la madre que le dice a la nena de pocos años, no seas mogólica. ¿Cómo decirlo mejor? No por crueldad, espero que me entiendas, para que me dieran a cambio lo que perdí. No hace falta, no hace falta para nada que expliques. Dame un abrazo bien fuerte. Yo te parí, pero vos me podrías haber parido igual, ¿no es cierto?

ANTES HICIMOS EL AMOR Y NADA. A veces, un cuerpo no es más que un coito, un hijo del coito. No pasa, no sale, nada. Un último beso y le agarro lo que queda de la cara y se lo estampo. Al final suena su teléfono y taladra mi cabeza. Como en los accidentes de tren, la gente de los suburbios baja como monos hacia las vías a vaciar los bolsillos de los moribundos. Ella rompió bolsa, ella pierde, ella espera con las patas abiertas a que él corra, espera sus manos para el acto glutinoso. Ella grita mi amor, mi amor, mi vida. Pero esos gritos no son nada, yo lo merecía más que ella. Era mío, no de la que lo cazó con su órgano reproductor. Nos miramos con mamá que me da el visto bueno y hago pedazos su teléfono. Ojalá se le enrede el cordón. Ojalá se le atore. Las gallinas rondan adivinando que habrá un comilón. Los zorros y ciervos bajarán más tarde por el sendero a tomar su parte. Hay para todos, aspiren los restos. Soben, bestias. Somos inocentes.

Somos las víctimas, señor juez. Y llega por fin el momento en que deja de respirar, como un día, dentro de una mirada, no hay más nada. Un silencio hecho de chasquidos y zumbidos se nos viene encima como aluvión. Fue un cerdo soberbio, dice mamá. Una persona brutal, sin principios, digo. Un cagón, en resumidas cuentas, no fue más que un cagón. El mío un burgués, el tuyo un libertino inestable, dos escorias. Pero los actos se pagan en vida, y tironea las palabras de mi boca. Era tan pero tan pero tan lindo que daba asco, mami. El ruido de las avionetas sobrevolando y cayendo. Podríamos carretear a lo largo de la autopista, atravesar los molinos y el río. Verlo revuelto desde el aire. La animalidad, la tierra, el sexo, todo vuelve de a poco, como el paladar de un antiguo fumador. Alzo la cabeza al sol y me tomo del cuello por primera vez sin redactar, tengo buenas noticias mamá, me colgué. Pasamos la tarde examinando su cuerpo, por fin dejaste de acosarlo, apunta ella.

A MEDIANOCHE todo está limpio y listo. La mesa puesta para jugar a la canasta. Una música suave y todo parece danzar. Mamá pasa con el delantal de cocina y la bandeja con alitas de pollo y salsa. Yo sirvo las copas, ante el sonido del corcho se estremece. El pasto recién cortado, el gallinero cerrado, sin utensilios a la vista, sin marcas, sin atajo. Todo en su sitio, ropa nueva, la otra ya colgada. Chin-chin, por nosotras, digo mirando el horizonte que nos traga y ella asiente. Como si estuviéramos en un restaurante de lujo, pero en la intimidad. La plata bien guardada, las llaves del auto nuevo sobre la mesa. Para algo nos rompimos el lomo trabajando, dice de pronto. Ganas de probar el techo corredizo en las rutas provinciales. Ganas del humo en los suburbios de la gran ciudad. Ganas de un cajero automático, un paso rápido por un local de ropa de montaña y a llenar el tanque en la estación más alejada. Mamá se pone una manopla, se inclina para servirme y tiene diez años más y es una abuela de tetas bajas que sirve el pollo con cebollitas. En unos días tenemos cientos de pequeños tomates, podremos ofrecerles a los vecinos, claro, digo, y cocinarles también tartas de fresa y llevárselas tibias, hasta sus casas. Claro, con azúcar negra. Hablábamos como si nos estuvieran espionando o el teléfono estuviera pinchado. Hablamos del nuevo orden que le daríamos a la casa, de la distribución de las tareas del hogar, de saldar las deudas, de pagar impuestos, de tratar de inmiscuirnos más en las necesidades de la vida social campestre. Integrarnos a la comunidad, en resumen. Hablábamos sin mirarnos. Quizá podríamos empezar a cuidar a enfermos terminales, donar ropa a los hospicios, dedicar nuestro tiempo a los que más sufren. Empecemos por los autistas, dijo entusiasmada, cortémosle el pelo a los inválidos agregué, y no sé cómo hicimos para no cagarnos de la risa.

EL POLLO YA CHUPADO, LOS CUBIERTOS CRUZADOS, el borde del vaso con baba, todo encimado y listo para ser devorado por la repetición. Estamos charlando en la cocina, la piletta rebalsa de espuma, yo le voy pasando los platos y ella abre y cierra el repasador, cuando oímos un ruido. Nos quedamos duras. Luego otro ruido, esta vez más evidente. Pasos, dice mamá. Un

ladrón. Alguien intenta entrar. O treparse. Mamá suelta el repasador y sale. Espío el camino por la mirilla. Vuelve con las llaves del auto, nos acercamos a la puerta. La ventanita de la casa de al lado extrañamente iluminada. Pero nadie asoma. Nos delataron, nos vamos, dice mamá, no hay tiempo para bolsito, agarrá el fajo. ¿Qué? Y me asombra darme cuenta de que no quiero dejarlo. Que no quiero alejarme de él, ni siquiera un kilómetro. Ni siquiera una noche. Puede que sea una idiotez pero recién ahora descubro que quiero pasar el resto de mi vida junto a él, mami. ¿Y ahora es momento para confesiones de amor? ¿Querés que llame al cura y los declare marido y mujer? No voy a mudarme nunca y si alguna vez tengo un hijo, y me callo. Mamá, quiero un hijo de él. Te hubieras acordado antes querida, ahora estás sonada. Si alguna vez tengo un hijo será al lado de su montículo, y mi niño jugará sobre su olor. Sí, amaré su olor. Lo venerará, él será el que haga crecer la hierba. ¿Finiquitaste? Y cuando entre en la edad del espanto voy a escarbar con las uñas. No voy mamá. Andá sola y estáte tranquila, acá te espero y miro sus zapatos alineados al lado de los nuestros. Te esperamos. Pero mamá me empuja afuera, no estamos para peleítas entre enamoradas, alguien miró la escena, alguien sabe, entendés eso, subí-te y me tira adentro. Y subíte es una vez a mis ocho años yéndonos de campamento y yo mirando a lo largo de la ruta los postes de luz queriendo electrocutarme. La mano en el picaporte a punto de abrir, calculando cómo caería rodando en el surco, viéndome ya arrollada fuera del auto, calculando el envión ni bien baje la velocidad. Mamá cantaba al volante y, aunque no saqué la mano de la puerta, no la abrí nunca. Ya vengo, le dije, que tengas paz en tu tumba. Y nos fuimos sin encender las luces.

ANDAMOS POR LA CARRETERA y todo es tan negro, tan solitario, tan cierto como rapaces cruzando a ciegas las cuencas y muriendo. ¿Nos habremos confundido? No parece haber nadie. La luz de la vecina, apagada. ¿Estaba encendida o nos pareció? Damos una vuelta por si acaso, si no, volvemos y trabamos las puertas con tablas. Mamá, estamos en el campo. Y qué. Que es un pueblito de ancianos de mierda, sepultado en el fondo del mundo. Nunca se sabe, hay ancianos y ancianos. El auto a 20 kilómetros como un animal con las horas contadas. Ya casi dando la vuelta, el regreso a las sábanas, las polillas y una última cerveza fría cuando vemos algo cruzar de lado a lado. Una cosa muy rápida hecha de aire, algo que se movía y no parecían piernas. ¿Viste eso, no? ¿Tenía dos patas? No llegué a ver. Mamá acelera, el motor corta lo hipnótico. Salimos a la zona industrial.

CRUZAMOS LA ROTONDA EN LÍNEA RECTA. Una patrulla de gendarmería oculta en una pequeña arboleda nos hace luces varias veces, un brazo agitándose por fuera, una orden. Puedo imaginar la cara de los gendarmes jóvenes esperando desde su graduación cruzarse con dos como nosotras en plena noche cerrada. Pará, pará. Pero la corrida empieza y mamá acelera en la subida al parking. Mamá está jugando al correcaminos, mamá está comiendo vitaminas y frutitas como

el Pacman, mamá no esquivo los carteles y se mete en sentido contrario por una bajada lateral que da al río. ¿Vienen esos hijos de puta? Sí, mamá, vienen, ¿dónde querés que vayan, a pescar? Ya van a ver, nos la van a pagar todos, acordáte, en algún momento nos tiene que llegar. ¿Qué nos tiene que llegar? Yo no quiero nada. ¿Ganaste algo alguna vez en toda tu putísima vida? ¿No? y bueno, ya es hora. Agarráte fuerte y abre el techo, gustosa. Lindo modelito de auto. Y mamá muerde la cornisa, y las piedras caen en masa haciendo ruidos cristalinos. Y los pájaros y los renacuajos se escapan. Y ya no puedo pensar en nada más. Ya no siento mi cerebro mío. Es imposible que estemos vivas dentro de una hora así que me aferró y grito y la golpeo con el puño cerrado, pero sin ninguna esperanza, sin ningún sentido. Sin deseo, miro todo sin despedirme, pero tampoco estoy en este mundo. No desfila delante de mí ninguna imagen, no sé en qué consistió haber vivido. No hubo infancia, ningún enigma resuelto, ninguna palabra de alivio, solo las habitaciones saturadas, el olor dentro de sus zapatos. El auto va a los tumbos golpeando contra las casas antiguas, contra los canteros, contra las máquinas agrícolas. Sobre nosotras caen las hojas y los troncos. El auto nos sacude yendo a toda velocidad hacia qué, hasta dónde, mamá continúa, el pie a fondo. ¿Siguen atrás, nos alcanzan? Giro pero la presión vuelve mi cabeza muy pesada, mi cabeza convertida en casco con el cráneo lejos. Vamos arrasando con todo, los golpes en las ventanillas y el techo, hasta que somos frenadas por una gran esfera de ramas entrelazadas y el auto se echa hacia atrás y hacia adelante y queda incrustado en el enjambre. Zumbidos. Pío pío. Mamá sale en cuatro patas y se corta la cara en dos con las astillas. Yo me arrastro, me revuelco, las marcas de los zarpazos. Estamos enteras y ensangrentadas. Que explote todo, destruirlo todo, dice mamá y todavía quiere más.